

El Estudiante Libre

Periódico Quincenal

ORGANO OFICIAL DE LA "ASOCIACIÓN DE LOS ESTUDIANTES DE MEDICINA"

Número 20

Director: Roberto B. Giudici — Secretario de Redacción: Adolfo R. García — Administrador: Mario J. Genta — Redactores: Ricardo Bastos, Constante Turturiello, D. Martínez Olascoaga, A. Gaggero, Luis M. Martínez, H. Franchi Padé.

MONTEVIDEO, OCTUBRE 15 DE 1921

Precio del ejemplar: \$ 0.02

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN "Asociación de los Estudiantes de Medicina" 18 DE JULIO, 1923

La usurpación de nuestros derechos

Todos los movimientos de protesta estudiantiles han sido guiados, hasta el presente, por un deseo de renovación y de perfeccionamiento.

Los estudiantes, de quienes partiera siempre el impulso generoso que aspirara a materializar una bella ilusión o una seductora quimera, han luchado con la fuerza de su gallardía juvenil contra la reacción de los directores, contra la muralla opuesta a la corriente vigorosa de sus ideales y de sus propósitos.

Así, la eterna lucha de estudiantes y autoridades—lucha de ideas, no de hombres—ha sido representada por el conflicto de un espíritu innovador que quiere imponer su política de libertad y su acción de progreso, frente a otro espíritu, quietista y reaccionario, que repudia toda modificación sustancial en los sentimientos o en las cosas.

Por este motivo, la fatalidad de los hechos ha deseado que correspondiera a los estudiantes—en todo momento—la iniciativa audaz, la acción atrevida, la revolución en los hombres y en las instituciones: ella ha señalado a los alumnos como la fuerza que se mueve y trabaja, que realiza y crea, que destruye y construye. Y ella ha hecho, también, de las autoridades, la reacción inmóvil que se opone sin avanzar, que contrarresta el embate ardoroso sin cambiar de actitud, sin un gesto de verdadera lucha activa.

Por lo tanto, los estudiantes eran los que planteaban ideas avanzadas, pensamientos renovadores que las autoridades creían necesario «podar de algún exceso»—como diría el Dr. Ricaldoni—aún cuando, a veces, la mutilación se hacía tan violenta que nada quedaba en pie, del antiguo modelo... Una mano ciega e irreverente—creyendo, acaso, cumplir una labor sagrada—iba quebrando ramas y abatiendo retoños, hasta secar el árbol que era opulento y frondoso...

Por otra parte—descontando esas exageraciones manifestamente hostiles de parte de nuestras autoridades—no sostendremos que tal vez no fuera justicia «podar de algún exceso», las iniciativas estudiantiles. Es ley humana e inexorable que las ideas presentadas con absoluta ecuanimidad; con un estudio sereno y prolijo de sus ventajas y de sus inconvenientes, de sus méritos y de sus defectos; sin forzar un poco las cosas; sin exagerar algo sus virtudes, en una palabra, sin presionar en el ánimo de los que han de recibirlas para su análisis y examen, ellas no triunfan sino raramente, acaso jamás. Quedan siempre condenadas a un largo ostracismo, del cual solo por extraña casualidad vuelven, y permanecen olvidadas en su esterilidad, sin que ningún espíritu les tienda una mano de ayuda y de amor: están malditas. Y, así, con una vasta comprensión de la psico-

logía humana—acaso sub-consciente, pero clara y segura—los estudiantes, como todos los luchadores, como todos los apóstoles—que tal fueron y son—habrán luchado apasionadamente por la consecución de sus ideales, tal vez yendo más allá de los hechos mismos, persiguiendo lo más para obtener, por compensación, lo menos. Así lo exigió, lo repetimos, la singular idiosincrasia de la naturaleza humana.

Bien. Todo queda estudiado con absoluto equilibrio: hasta concedemos que las mutilaciones a nuestras ideas—a través del tiempo—pudieran ser justificadas: no es la ley común, de todos los días, pero sí, una excepción que no queremos ocultar o disimular.

Y llegamos así, a lo que nos interesa fundamentalmente: el conflicto actual entre el H. C. Directivo y nosotros. El Consejo de la Facultad de Medicina ha alterado aquella línea de conducta que era peculiar de toda autoridad universitaria frente a las aspiraciones de los alumnos, línea de conducta caracterizada por una reacción reposada que se oponía a la corriente nueva, que contrarrestaba el avance estudiantil, ya radicalmente—en la mayoría de las ocasiones—ya de manera parcial o conciliatoria. Por primera vez los directores de una institución de enseñanza, convertidos en agentes activos, deciden atacar los fueros estudiantiles para arrebatar prerrogativas inalienables, y para despojar a los alumnos de los derechos que, por decisiones anteriores, les habían sido concedidos con toda justicia. El actual Consejo nos hace víctimas, en este momento, de un acto de arbitrariedad singular: olvida y desprecia—sin mayor inquietud de ánimo—lo que habíamos conquistado por el mérito de nuestras fuerzas morales, y lo que se nos había otorgado por las virtudes de nuestra significación y de nuestros títulos irreprochablemente superiores.

El ha marchado a nuestro encuentro eliminándonos—en un acto inconsulto—de toda participación activa y verdadera en los destinos de nuestra Facultad, de la cual representamos—nadie podría negarlo—una parte de primordial trascendencia.

La supresión de la delegación estudiantil en las Reuniones A. del Profesorado señala un gesto de atropello para nuestros derechos: era una prerrogativa bien nuestra que hoy el Consejo nos quita de las manos, acaso para siempre.

Esperemos que, al menos, haya penetrado en el concepto de la grave responsabilidad que atrae sobre sí, con esta decisión: los estudiantes, por lo demás, sabrán responder al ataque y definir su actitud, valiente y desinteresada, clara e inconfundible, frente a esta usurpación, sin antecedentes en la historia de nuestra Universidad.

EL ESTUDIANTE LIBRE

LA LABOR REALIZADA

Próximo ya el tiempo que los estudiantes consagramos a una tarea intensa y tenaz para preparar los exámenes de fin de curso, EL ESTUDIANTE LIBRE pone término—por este año—a sus actividades.

Difícil resulta, en verdad, verificar el balance de la labor realizada, difícil porque si bien se ha luchado mucho, con tesón y entusiasmo, poco se ha obtenido en la práctica. Y esto, aún cuando pueda aparecer como un resultado desconsolador, hay que confesarlo sin ambages, a la luz del día.

EL ESTUDIANTE LIBRE, órgano que sustenta los ideales de los estudiantes de medicina, puede ostentar—eso sí—victorias morales que nadie osaría discutir: triunfos claros y ciertos que acreditan la nobleza de nuestros principios y la bondad sin reproche de nuestras finalidades. Pero en el terreno de las cosas prácticas, otro es el aspecto de los hechos, y—por cierto—bien diferente.

Las campañas que, desde estas columnas, se han realizado, eran la materialización de los afanes espirituales de todos los compañeros. Ellas eran de dos géneros: aquellas que, de antemano, descontábamos no tendrían un éxito inmediato, y aquellas que pensábamos habrían de verse plasmadas enseguida por la virtud de nuestro esfuerzo prolongado y tenaz.

Las primeras señalaban aspiraciones de índole general, su misma naturaleza hacía imposible una realización que, significando un estudio lento y sereno, debía forzosamente tardar cierto tiempo. Las deficiencias de la A. P. los males de la falsa medicina, la falta de programas, la descentralización de clínicas, la enseñanza defectuosa de la clínica quirúrgica, la libertad absoluta de estudios, la reorganización de los concursos, encarnaban—como decíamos—aspiraciones de orden general; por ello no nos extraña—ni mucho menos—que ellas todavía no hayan triunfado. Sólo queríamos despertar el interés, un poco adormecido, de las autoridades que, debiendo velar por la marcha regular de la Institución y sus leyes, solían olvidar, a menudo, sus obligaciones fundamentales para distraer sus actividades en pequeños trabajos sin mayor trascendencia. No habíamos de cuando ni siquiera eran pequeños trabajos los que absorbían la atención de las autoridades, consagradas beatíficamente al ocio reparador...

Las segundas eran de un linaje distinto: no se trataba ya de alcanzar mejoras en nuestra enseñanza o en nuestros planes de estudios ni de obtener reformas en nuestro medio facultativo u hospitalario que hiciesen más provechosa—por mejor dirigida y orientada—la labor de los es-

tudiantes, con singular beneficio de todos. Se trataba, simplemente, de una lucha para mantener nuestras conquistas, por impedir que se nos arrebatara un derecho ya consagrado en nuestro estatuto, para oponernos a que se nos despojara de una prerrogativa bien nuestra e inalienable. Así, la delegación estudiantil ante las Reuniones del Profesorado era ya un precepto de nuestra carta orgánica que nadie discutió en su legalidad evidente ni en su moralidad absoluta. Y bien: para conservar esa atribución que nos había concedido un pensamiento vigoroso y alentado por energías jóvenes, hemos luchado, día tras día, infatigablemente. Y es precisamente en esto que confesamos nuestra derrota, nuestro fracaso clarísimo. Nada ha valido nuestro esfuerzo, nada ha significado nuestra labor: y en la realidad de las cosas hemos sido eliminados de las Reuniones, con lo cual se anula nuestra libre acción en pro del adelanto indefinido de la Facultad, deseo íntimo de todos los estudiantes.

Así, pues, han fallado estrepitosamente, en un punto capital, nuestras esperanzas. Pero, no importa. Somos jóvenes y por lo tanto optimistas, infatigablemente optimistas. Por encima de las circunstancias están los grandes ideales que no cambian jamás, que perduran al través del tiempo y que ninguna fuerza puede ahogar para siempre. Hoy, el azar de las cosas ha querido que se eliminara a los estudiantes de las Reuniones, es decir, de una institución generosa que tantas reformas de alto provecho hubiera deparado a nuestra Facultad. Mañana, cuando la fatal rotación de los hombres, conceda el gobierno de la casa a espíritus mejor dotados en lo que concierne a sentimientos de libertad, de renovación y de perfeccionamiento incesante, la organización de las Reuniones volverá a regir en su forma integral que era sabia e idealista.

Nuestra simiente de verdad está, pues, arrojada. Esta vez el destino le ha señalado un surco donde permanecerá estéril acaso por largo tiempo todavía. Pero cambiarán los hombres y las cosas y, entonces, ella fructificará al amparo de sus virtudes excelsas.

No desesperemos: hay una honda esperanza que nada puede abatir en nuestros espíritus: la esperanza que da la generosidad de las intenciones, la hidalguía de los propósitos. Los que posean sentimientos honrados, los que busquen el progreso de nuestra casa y de sus leyes, los que persigan sin desmayos, la idealidad de un porvenir cada vez más perfecto y más puro, hallarán en las páginas de de nuestro diario—escritas por todos los compañeros en igual afán desinteresado—vasto material de trabajo,

Sanatorio Quintela

CIRUJIA GENERAL — Oído, nariz, garganta, boca
y cuello.

DOCTORES

Manuel y Ernesto Quintela

MERCEDES, 995 ESQUINA DAYMAN

inspiraciones para realizar el bien que desean.

Nosotros estamos satisfechos. A las derrotas materiales oponemos nuestras victorias morales: y por encima de ello, aún cuando nada quedara en pie—perdida ya toda cordura espiritual y todo escrúpulo moral—persistirá nuestra actitud de combate como un gesto de idealismo opuesto a la mezquindad de las pasiones ambientales!

De Rafael Altamira

Reflexiones

Si las circunstancias de tu vida te llevan al pesimismo y al disgusto de la acción, por desgracia o fatiga, no olvides que hay otros que siguen teniendo fé y entusiasmo; que las generaciones jóvenes sienten por ley natural ambas cosas al entrar en la vida, y que tú mismo hiciste lo mejor de tu obra cuando poseías esa fé y ese entusiasmo.

No tienes pues, derecho a contaminar a los otros con tu estado de ánimo actual. Respeta su optimismo y deja que él les permita realizar lo que tú también harías sino te hubieses jubilado de la acción fecunda.

CONTRA EL DESALIENTO. Lo que más molesta en la vida es que no nos consideren en lo que creemos valer. No es esta una herida de amor propio; es, principalmente, el gesto del desengaño por ver menospreciada nuestra obra y nuestra significación, tanto más, cuanto que de ordinario no se las pospone a otras igualmente meritorias, sino a la opinión improvisada o malévola de cualquier zascandil o del intrigante de peor laya.

Contra esto no hay más que dos defensas: la propia estimación de la seriedad de nuestra obra, y la segura esperanza de que al fin prevalecerá; y, juntamente, el sincero desprecio de los que afectan ignorarnos, y de los que ocupan indebidamente nuestro lugar en la vida más o menos temporalmente.

Quien sea capaz de elevarse a ese estado de espíritu, encontrará la tranquilidad soñada y logrará la verdadera e invencible superioridad sobre los demás.

HOMBRES E IDEAS: Todas las ideas son respetables, se dice vulgarmente. No. Todos los hombres son respetables. Las ideas son las que hay que combatir.

La juventud suele sentir la necesidad de creer en un hombre. Mejor sería creer en una idea. Estas no suelen engañar, mientras que lo raro es que los hombres no engañen; y el desengaño que ellos producen es fatal, luego, para las ideas que simbolizan. Aparte de que depender de otro, es recortar, cuando menos, nuestra personalidad.

EL DESCONTENTO DE SI MISMO: El descontento de lo que otros hacen es, sin duda, una fuente de progreso y de mejora. Los resignados, los que todo lo encuentran bien en el mundo en que viven, no se moverán nunca para la reforma. Pero es más eficaz todavía el descontento de los hechos propios, y en él debemos basar toda nuestra formación. *Conviene que cada elogio suscite en nosotros una duda, cada acto de confianza en nuestras aptitudes, una pesadumbre de nueva responsabilidad que nos obligue a mayor esfuerzo; cada ascenso en nuestra cultura, una mirada hacia todo lo que nos resta por subir. Sólo así humillaremos la vanidad y pedantería siempre prontas a sublevarse y a clavarlos en el camino.*

Y no temamos que de ahí venga el desaliento. El espíritu sabe bien lo que puede, y ese saber de su fuerza propia es un impulso continuo. El miedo no lo sienten más que los incapaces.

EXAMEN DE CONCIENCIA. Muy a menudo deberíamos preguntarnos: ¿Qué es lo que verdaderamente me importa en la vida? ¿Cuál es mi negocio supremo? ¿Triunfar, mandar, ser rico, divertirme, ser célebre, que me crean esto o lo otro, estar bien con mi conciencia, ser cada día mejor o menos malo?

¿Cuántas veces nos asustaríamos de la respuesta!

MÁS Y MENOS. Lo que importa en la vida no es *hacer más* que otro, sino hacer todo lo que está en la capacidad de cada cual, con la mayor intensidad posible. Siendo así, está seguro uno de tener su puesto en la vida y eso que llaman gloria; porque, en general, no somos diferentes en *más o en menos*, sino *en modo*.

LOS VALORES PRÁCTICOS DE LA EDUCACIÓN. En cierta manera, puede decirse que todo lo que da cultura—general o especial—es *instrumento* para la vida o para la profesión: el saber de matemática, de historia, de geografía, etc. Mas lo que

Sanatorio Quirúrgico

DE LOS DRES.

Mérola, Belliure y Campisteguy

CERRITO, 674

importa para la convivencia social, para la paz y el bienestar humanos, es el uso que se hará de ese instrumento y los valores que concedemos a las cosas todas y a las personas y derechos de los demás; porque en esto, al fin y al cabo, vienen a parar todas las relaciones humanas: las jurídicas, como las de arte, industria, economía...

Si todo el saber moderno no sirve más que para despreciar a los humildes, enganar a los confiados y legitimar la violencia y el dominio sobre los demás, hemos perdido el tiempo lastimosamente.

Cuadros del Hospital

Por Gregorio F. Paz

EL MAESTRO

A través de los cristales, el jardincillo mostraba la elegancia multicolor de sus líneas. En el centro, un chorro de agua cantaba su música cristalina en la serena paz del ambiente.

Nada dejaba adivinar el cuadro que detrás de la ventana, en la sala, contemplaban mis ojos al tornarse: el dolor, retorciéndose sobre la límpida blancura de los lechos.

El médico del servicio, un hombre joven, correcto y fino, de impecable elegancia en su vestido, había llegado ya. Hacia él, las miradas de los enfermos convergían suplicantes y afiebradas. Eran como una honda plegaria. Eran el ruego doloroso de los que, al borde de la tumba, junto a la dicha infinita del eterno descanso, pedían un poco más de vida, un poco más del amargo placer de seguir viviendo... y parecióme que Dios, debía envidiarle a ese hombre, el gozo cruel de tener en suspenso las almas.

El experimentaba plenamente la sensación de su importancia. En su andar, en su expresión, en sus maneras, denotaba «suficiencia». Una montaña de libros era el sólido pedestal de su saber y, allá, en su casa, prisionero en tallado marco, un sellado pergamino afirmaba

su ciencia cabalmente.

Le había tratado pocas veces, pero le oí a menudo, hablar del apéndice de los ricos y de la belleza de los automóviles franceses. Yo no comprendía bien la relación terapéutica que entre ambas cosas existía.

Absorto en íntimos pensamientos, yo miraba idiotamente el chorro borbotante del jardín. Un suave rumor advirtió que alguien había entrado en la sala, y llegó hasta mí la voz afectuosa del médico del servicio, que saludaba al recién llegado.

—Buen día, **Maestro**.

Dí una brusca media vuelta. Mis ojos, súbitamente agrandados, parecían incómodos en sus órbitas. Había escuchado la palabra prodigiosa en la que pensara tantas veces. El azar, la veleidosa casualidad me brindaba la suerte de sentir junto a mí, al hombre excelso, definido en mi espíritu como fuente de amor, de infinita bondad y de noble ejemplo. Quedé por un instante, pendiente del menor movimiento de sus labios. Iba a escuchar su cálida palabra: la palabra de amor, la palabra de un maestro: casi, la palabra de Dios...

—Buen día mi distinguido doctor. Ahí le mando una hernia. El pobre diablo no puede pagar más que trescientos pesos.

—Muchísimas gracias **Maestro**.

—Hasta la vista doctor.

Hasta pronto **Maestro**. Espero que nos visite a menudo; ya sabe con cuanto orgullo contemplamos su presencia en la sala.

Con paso grave, balanceado y rítmico, como un austero apóstol, el «maestro» recorrió el pasillo, buscando la salida, entre la doble hilera de camas blancas donde el dolor humano se retorció como un símbolo.

Para ellos, ni una mirada, ni una sonrisa. Esos, no pagaban ni un céntimo.

En el jardín, el chorro borbotante continuaba su canción serena. Yo lo ví por un momento rojo tremante como una lengua de fuego.

«De la Revista del Centro de Estudiantes de Medicina del Rosario».

Garayalde Hermanos.

Instrumentos de Cirujía,

Accesorios de Laboratorio,

Productos de Dr. Grubler, Leipzig

Drogas y Productos Químicos.

Especialidades Farmacéuticas.

URUGUAY, 1072 AL 1076

El Nuevo Delegado

El proyecto del Dr. Narancio y "La Mañana"

Decíamos nosotros. . . .

El generoso proyecto que el Dr. Narancio presentara ante el H. Senado, cuyo texto conocen nuestros lectores y que mereció el elogio unánime de los compañeros, estampado en EL ESTUDIANTE LIBRE, ha sugerido a «La Mañana» ideas un poco complejas y un poco extravagantes.

No sabemos si hay en el editorial de ese diario un fondo político—que bien pudiera existir ¿verdad?—dada la violenta reacción que en él aparece clarísima: no lo sabemos ni nos interesa saberlo. Solo diremos que, si efectivamente existe una cuestión política, allí no debió haber existido.

Sería una tarea larga, y a más de larga engorrosa, replicar parte por parte, minuciosamente, todo cuanto se sostiene y afirma en el artículo que nos ocupa; pero transcribiremos algunos párrafos de él, comentándolos aunque sea ligeramente.

«Esta iniciativa es una ocurrencia novelera que señala un persistente prurito de innovar, de crearnos instituciones y modalidades propias, exclusivamente nuestras, fácilmente defendibles en el terreno abstracto de los ensueños y de las teorizaciones, pero que como casi todas las leyes que hemos dictado sin otro fundamento, resultan inocuas, cuando no perturbadoras y dañinas, en la esfera tangible de la realidad».

¡Instituciones inocuas cuando no perturbadoras y dañinas! ¡Vamos, gran colega, que no es para tanto, por cierto! No nos explicamos ese proceso mental: perturbador y dañino un nuevo elemento de juventud—por lo tanto generoso y puro, sin contaminaciones perversas, sin intereses creados, sin ambiciones mezquinas—que se incorpora a una corporación que ha de regir la marcha de la Facultad, que si preocupa a las autoridades porque ellas deben encauzarla y dirigirla, preocupa así mismo a los estudiantes que le entregan intacto el caudal de sus sentimientos, de sus aptitudes, de su vocación! ¡Que viven en ella y para ella los mejores años de su vida!

Razones sentimentales, diráse. Y nosotros diremos: bienvenidas sean, porque ellas no señalan vana y aparatosa sensiblería, sino visión exacta de los hechos y las cosas. Y cuando el razonamiento puro hace sostener lo que el articulista sostiene, bien vale la pena purificarlo con la palabra que llega del corazón.

¿Qué se busca, en efecto, con incorporar el factor «estudiante» a los Consejos Directivos de nuestra Universidad? Algo bello y subyugante: el alumno, con la investidura del delegado, tratando de potencia a potencia con los demás miembros de la corporación, frente a sus propios profesores en amables tête a tête, levantaría el estandarte del claustro lleno de impaciencias, de sanas rebelías, de aspiraciones colectivas, de reivindicaciones comunes, de quejas y de deseos, que no son tanto el lote del es-

tudiante, como el de la inexperiencia y el apasionamiento juvenil».

Al pasar, un breve elogio: *sanas rebelías*. No hay que olvidar que acaso entre los lectores del diario se hallen algunos estudiantes. . . . Después lo de siempre. El ideal estudiantil no es el fruto del razonamiento: es el fruto de la inexperiencia y del apasionamiento juveniles. Nadie lo ha demostrado, pero no importa. Tantas veces se ha dicho y repetido que hoy—convertido en lugar común y por lo tanto, con sitio reservado en todos los editoriales—ya es verdad axiomática, postulado inconcuso. Y, sin embargo, a través del tiempo, se reproduce incesantemente el mismo fenómeno: se afirma que el factor estudiante es inexperto y apasionado y, partiendo de ese principio, se le niega, con ciega obstinación, todo medio de que demuestre lo contrario—si es como nosotros pensamos—o los afirma definitivamente en sus opiniones—ahora con la evidencia incontestable del ejemplo práctico—si es que los otros tienen la razón. Pero, no; eso no pasará jamás porque *jamás se les concederá a los estudiantes un puesto en la dirección de la casa. Están condenados a someterse, aceptándolo todo, a declarar sus huelgas, rechazándolo todo, o a dirigirse por notas enviadas al H. C. de acuerdo con todos los formalismos de nuestras ceremonias burocráticas, aceptando algo y rechazando algo, con toda prudencia y mesura.*

El único ensayo de verdadero gobierno y responsabilidad *oficiales*—digamos así—ofrecido a los estudiantes, fueron las R. A. del P. Y bien: todo lo que ellas arrojaron de bueno y de verdadero en su efímera existencia, acreditan al factor estudiante como vastamente preparado para los altos cargos directivos de la casa, aun cuando nuestro H. C. no piense como nosotros, o piense lo mismo y haga otra cosa, que también es posible. . .

«La grey, ¡feliz de ella!, no es tampoco ni un gremio ni un partido que deba arrancar a la institución, por la acción colectiva, reivindicaciones ni principios que aquella arrebató o niega, se avierte entonces qué lejos están los móviles de esta reforma de las enseñanzas de los hechos y cuanta es la distancia que separa esta innovación de las justas exigencias de la realidad».

Nosotros no somos un partido, en efecto. Pero de allí, y en buena lógica, no se infiere que no tengamos nuestras reivindicaciones que realizar, ni nuestros principios que defender frente a los que pretenden despojarnos de ellos. Los estudiantes, apartados sistemáticamente de toda labor de dirección, han sido olvidados—como tenía que suceder, por ley fatal—en sus prerrogativas que luego les han sido concedidas ante su pedido insistente, ante su exigencia vigorosa y perseverante. Este es un hecho práctico que nadie podría desconocer. No sólo en nuestro país sino en toda América, y aún en Europa, el estudiante ha avanzado evidentemente, en estos tiempos,

reforzando su autoridad, conquistando fueros que antes se les negara, alcanzando el puesto de dirección y de responsabilidad que, en épocas no muy lejanas, hubiera hecho sonreír al viejo magister. . . . *Y esto significa que la grey estudiantil tiene mucho que reivindicar para sí y tiene mucho que cuidar, celosamente, para no sufrir el despojo ajeno.*

Dígalo, por nosotros, la última decisión del H. C. de Medicina, que nos arrebató un derecho ya inscripto entre el articulado de nuestra carta orgánica: el derecho de voz y voto de una exigua delegación de estudiantes, en el seno de una asamblea que estudia, discute y resuelve problemas que afectan directamente a los estudiantes!

«El régimen universitario actualmente en vigencia ofrece todas las garantías que puedan pretender los estudiantes, y seguramente a estas horas, si éstos debieran concretar sus aspiraciones en un programa de acción, estarían mucho más cerca de hacer sonar los cascabeles de las cosas imposibles, que de abrir, en el seno de las autoridades de la institución, integradas por profesores y profesionales generalmente experimentados, nuevos horizontes y principalmente nuevas rutas a los grandes intereses nacionales que radican en la acción regular, metódica y concienzuda de los claustros universitarios.»

Acaso el cronista diga verdad: interpretadas de cierto modo sus declaraciones, le concedemos, al instante, la razón.

Las cosas son imposibles, bien por sí mismas, bien por quienes han de sufrir sus consecuencias: y los estudiantes harán siempre «sonar los cascabeles de las cosas imposibles» porque, frente a la reacción de las autoridades será *imposible* todo lo que indique renovación, todo lo que signifique libertad, todo lo que abra un claro de luz en la penumbra densa e impenetrable que da encanto misterioso y hechizo fingido a sus graves figuras de pontífices. . . . Será siempre imposible la inspiración de la juventud, el ensueño del adolescente, los ideales de las generaciones nuevas!

¡Abrir nuevos horizontes y nuevas rutas! Pero, ¿cómo esperar tal resultado de las empresas estudiantiles frente a los directores, cuando el articulista—defensor espontáneo y abogado de motu propio de las autoridades intangibles—adelanta ya que los estudiantes carecerían—llegado el momento—de un verdadero programa de acción, para hacer sonar sólo una fanfarria de utopías o quimeras?

Si de antemano quienes analizan y juzgan desde afuera sostienen la inanidad de todo esfuerzo estudiantil ¿qué esperanza puede aún quedarnos respecto a los Consejos Directivos que poseen un concepto de suficiencia impenetrable, que pretenden siempre y en cada instante hallarse en posesión de la verdad definitiva, que sustentan la teoría de su intangibilidad frente a todo poder extra-

ño y de su infalibilidad frente a toda fuerza inferior jerárquicamente?

«No es posible, pues, sancionar con una ley la necesidad de que los organismos dirigentes de la Universidad, deban ser integrados por estudiantes, sin introducir en ellos una porción de las pasiones y de la inexperiencia que están llamados a corregir, a rectificar, a encauzar, para que no se conviertan en focos de desorden, que obstaculicen la marcha segura y serena y las orientaciones directrices de tan complicado y vasto engranaje pedagógico y administrativo».

Aparte de la aberración que supone afirmar que dentro de una corporación integrada por 10 o 12 miembros, dos de ellos sean capaces de promover desórdenes, convirtiéndose en focos de obstaculización para la marcha ordenada de la Facultad—aberración inexplicable en quienes parecen pensar lo que dicen—existe en las líneas que transcribimos una inexactitud evidente y clarísima: los estudiantes introducirán pasiones e inexperiencias, nada más. Verdad que el cargo gratuito que se dirige a la juventud es tan absurdo y tan tonto que valdría más no tenerlo en cuenta: peor es menearlo, que diría el caballero manchego. En la única oportunidad que se ofreció a los estudiantes para exteriorizar sus ideas—las R. A. del P. en la Facultad de Medicina—ellos llevaron su programa definido, concretado valientemente en proposiciones de un alto alcance pedagógico. Y ese programa constituyó la orden del día de las Reuniones; y sin él nada hubiera podido discutirse, porque las ideas de los profesores o de las autoridades nadie las vió en ningún momento: la luz que irradiaba de nuestros magisters no hubiera alcanzado siquiera a provocar el reflejo pupilar en los congresales. . . . Lo dijo el Dr. Dardo Regules en su proyecto de Reuniones de Profesores y Estudiantes, al examinar su resultado en nuestra Facultad: *sin el programa de los alumnos no hubiera existido orden del día.*

«Y es de lamentar, en verdad, que antes de expedirse en ese sentido, no hayan atendido—la Comisión de I. P.—la solicitud que, por moción del decano de la Facultad de Medicina, doctor Quintela, formulara al Senado el Consejo Central Universitario, en el sentido de que antes de pronunciarse sobre tan importante asunto, se oyese su opinión, bien autorizada, y llamada a aportar al debate que seguramente va a originar este proyecto, un valioso caudal de experiencia e ilustración».

Es sólo lo que aún faltaba escuchar: la palabra divina, la voz que desciende del Sinaí perfumada con la gracia celeste. . . . El Dr. Quintela, que ya diera cuenta de nuestras Reuniones del Profe-

sorados, haciéndonos víctima de una usurpación de derechos que es una verdadera maniobra digna de un conservadurismo ultramontano, pidió que se esperara el informe del Consejo Central, al respecto. Para suerte de todos, el buen sentido imperó en la Comisión de I. P. del Senado, y a su cordura debemos que se haya hecho oídos de mercader a una petición, que si bien aceptamos en teoría, rechazamos enérgicamente en este caso por conocer ya lo que se diría en el sesudo informe doctrinario: atrevimientos estudiantiles, osadías de los jóvenes, inexperiencia, pasiones, intereses, autoridades intangibles, directores poseídos de infalibilidad...

Y aquí termina nuestro artículo. Repetiremos nuestras palabras iniciales: tarea larga y engorrosa realizar el análisis línea tras línea de todo el editorial. Sin embargo, lo fundamental queda hecho. Creemos que las aspiraciones del articulista—de marcado cuño reaccionario y conservador—ya no gozan de tan buena salud como antes: no son como los muertos del ilustre calavera...

Y esta vez—siquiera esta vez—aspiramos a algo más que al *triunfo del gesto*: aspiramos a la victoria positiva, a la victoria en la práctica. La *trouaille* del Dr. Narancio—como, entre despectivo e irónico, apoda el editorialista al proyecto en cuestión—nos parece que tiene asegurado el éxito definitivo. Lo merecen su generosidad y su valentía, su espíritu de libertad y su ideal de renovación. Para bien de todos el proyecto ha de llegar a ser ley nacional; para bien de todos, menos de las *eternas autoridades*—obsesionadas perennemente por las iniciativas estudiantiles—y que habían colocado sobre la puerta del augusto y hermético salón de sesiones, el lema sugestivo: *ne passeront pas*.

EN SU LUGAR

«Hemos puesto las cosas en su lugar.»

Tal debió ser la frase con que los miembros del Consejo comentaron el golpe maestro de guillotina con que liquidaron el asunto de las R. A. del P.

(Poner las cosas en su lugar es, en este caso, abrir un cajón, colocar en él un expediente, cerrar el cajón y hacerle encima la señal de la cruz).

Si preguntáramos a los señores miembros del Consejo, ¿para que estáis aquí? ellos contestarían con énfasis:

—¡Para que haya orden! Y agregarían imitando el hermoso gesto de Luis XIV: —«La Facultad somos Nosotros.» Cuando asistimos a la reunión del Consejo a que aludimos más arriba y admiramos la dialéctica alambicada del Dr. Arrizabalaga, tan elegante que parecía hecha para adornar las tapas de los libros; cuando oímos el discurso del Dr. Regules, lleno de razones grandes como torres, como aquella tan divertida que dice: «En esta máquina todo es acero, pero un pedazo de acero es fueda y otro es manija. No debemos aceptar que el movimiento empiece por la rueda ¡No! Debe empezar por la manija» (Uno que estaba a nuestro lado dijo muy por lo bajo: —¡Mire que gracia, porque él tiene la manija!

Y el de adelante le contestó:

—No lo creas: la manija está más arriba.

Nosotros recordamos suspirando que gruesas lágrimas bañaron nuestro rostro

enterneado por tanta belleza de imagen, que ante ella caímos en el éxtasis del infusorio «que en una gota de agua decía ¡qué grande es el mundo!» y que juramos ser siempre la rueda dócil de tan admirable manija y de la invencible muñeca que la movía; ser siempre dóciles al hombre que dijo, batiendo el record de la modestia: «¡No soy un león, soy un niño!!»

Pero esto último no es cierto felizmente; ¿qué haríamos nosotros, verdaderos niños, sin el amparo de su melena?, nosotros que sentimos un frío en la médula que nos bajó hasta la cola de caballo, cuando fulminó a toda la sala repitiendo «¡Pueril! ¡Pueril!» y también: «¡Lo que no sirve se retira!» ¡Bello procedimiento tan olvidados en la Facultad!

¡Y nosotros que habíamos creído que el discurso del Dr. Lasnier no tenía réplica! ¡Y como compadecimos al Dr. Blanco Acevedo cuando terminó el suyo! No debió discutirse. —La mayoría de aquella tarde no era de hombres: era de videntes!

Cuando nos retiramos deslumbrados por tanta experiencia sabia, levantamos los ojos al cielo y buscamos una constelación para perpetuar en ellas la fama de aquel Consejo...

Un compañero dijo: Voto por la del Cangrejo: allí estará en su lugar.

Federación de Estudiantes

Hace algún tiempo, se iniciaron gestiones en el sentido de reconstituir nuestra Federación. Los centros estudiantiles designaron sus delegados, y éstos se reunieron y comenzaron el estudio de las bases del Instituto que representaría a los estudiantes del Uruguay. Se había tomado como base el proyecto de Junta Representativa de que era autor el señor H. Abadie Soriano, y ya en las primeras reuniones, la comisión organizadora emprendió la tarea con energía y bríos promisorios.

Pasado algún tiempo, el entusiasmo del principio fué decayendo, y sólo de tarde en tarde obteníamos noticias, desalentadoras por lo demás, de parte de algún miembro, que nos comunicaba con gesto de desesperanza, que aquello «no marchaba».

Más tarde, desalentados aún los más tenaces ante la indiferencia ambiente, todo quedó en la nada, sin que siquiera obtuviésemos alguna explicación de las causas por las que cesó sus actividades la Comisión. A lo que parece, tampoco los Centros solicitaron explicaciones a sus delegados, y éste es el momento en que ignoramos todo, salvo lo de que «aquello no marcha».

Y, con íntimo dolor, preguntamos ahora nosotros: «¿Qué se hizo aquel afán?» ¿Es que los delegados no supieron ponerse a la altura de su misión? ¿Es que la tarea era superior a las fuerzas de los delegados? También aquí lo ignoramos todo, o casi todo. Sólo conocemos lo que nos dijera un activo delegado de la Asociación de E. de Notariado: «Estamos aburridos de concurrir a reuniones sin número». Y agregó: «esto no marcha».

La que nosotros creemos causa determinante del fracaso de la tentativa que nos ocupa, es esa atonía, esa enorme indiferencia, esa evidente despreocupación por todo lo que no sean los libros de texto, que padecen los universitarios

actuales, y que parece justificar la frase: «los estudiantes están viejos».

Pero aún quedan en la masa estudiantil, juventud, energía, bríos para afrontar las empresas más arduas. No faltará quien, de nuevo, sacuda el polvo que cubre el proyecto de Junta Representativa y con tesón y tenacidad prosiga la labor, tantas veces comenzada, y la lleve a feliz terminación.

Tales son nuestros votos y los de todos aquellos que desean ver unida la grey, por el bien de todos, en esfuerzos comunes. Así lo exige, además, nuestro prestigio, dentro y fuera de fronteras.

Deficiencias de la A. P.

Día a día recibimos quejas de enfermos atendidos por los médicos de la A. P. (servicio de radio). Según parece—al estar a los informes de los pacientes, y esto parece ser la verdad estricta—los médicos no visitan regularmente a los enfermos, aún a aquellos que se hallan en estado grave y que, por lo tanto, requieren servicios profesionales continuados y atentos. No vemos la razón de esta seria deficiencia de nuestra Asistencia Pública, a no ser en el espíritu de economía que hoy se ha hecho tan fuerte que nada puede vencerlo o atacarlo. Sin embargo, el problema es bien claro y de sencilla solución: si los médicos son insuficientes por su número—escaso en relación con los pacientes—debe aumentarse la lista rápidamente. No es posible jugar con la vida ajena por cuestiones de dinero, o por razones de economía, nunca peor comprendida que en este caso. Y el único motivo de tal deficiencia es ese: número insuficiente de profesionales. No podemos creer, ni por un instante, que exista desgana o despreocupación por parte de los médicos: sería afirmar una carencia de responsabilidad que nada hace sospechar y que todo niega en la práctica.

Así, pues, es necesario tomar medidas para subsanar este grave defecto. Móviles económicos no pueden intervenir en este problema para justificar una conducta que no tendría, así, ninguna explicación aceptable. La salud de los semejantes no puede estar sujeta a los vaivenes del sentimiento de ahorro. Remedio pues, a esta deficiencia, y remedio rápido.

En números anteriores, citando la abundancia de ciertos artículos de primera necesidad, existentes en el Servicio de Urgencia de la Asistencia Pública, elo-

giábamos mercedamente las facultades económicas de los señores Consejeros, que se han consagrado como fieles cancheros del Tesoro de la Institución.

Hoy señalamos un nuevo hecho que comprueba con evidencia las propiedades ahorrativas de los mismos señores.

Los practicantes del servicio tienen una guardia cada 6 días, correspondiéndoles por lo tanto 5 guardias mensuales (algunas veces pueden alcanzar a 6) y como las guardias son de 12 y 24 horas respectivamente, deben hacer, por lo menos, una comida durante esos periodos.

Ahora bien: la Asistencia, con un desprendimiento rockefelleriano, digno de máxima ponderación, asigna la respetable suma de \$ 2.50 por cabeza, sin descuento, por concepto de comida, mensual, ergo \$ 0.50 para cada una, cuota suficiente para efectuar un nutritivo almuerzo, compuesto, por lo menos, de agua y otros *manjares* por el estilo.

Los practicantes han enviado una nota al Consejo, solicitando una asignación justa y razonable. Hasta el momento no ha habido resolución, pero pronosticamos que se nos contestará con la frase, que a manera de estribillo, sirve de respuesta a todos los pedidos de mejora del Servicio.

«¡Para cuando nos mudemos a la Calle Sierra!»

Por ser consecuentes con el sentimiento de ahorro, tan arraigado en ellos, los señores Consejeros han dispuesto, así mismo, que los practicantes de radio no reciban ni jeringas de inyecciones, ni termómetros, ni bisturíes, en una palabra ninguno de los aparatos indispensables para la labor que el estudiante ha de realizar en el cumplimiento de sus funciones.

Parece ser que ello demandaría gastos extraordinarios tan dispendiosos que acaso el caudal metálico de la nunca bien ponderada Asistencia Pública habría de agotarse instantáneamente, catástrofe formidable que los Señores Consejeros están en el ineludible deber de evitar a toda costa..... aunque sea negando aquellos adminículos que, en buena paga, tal vez importen algunos reducidos y modestos pesos.

No importa. Hay que ahorrar y se ahorra. Eso sí, las dietas de los Señores Consejeros fueron, hasta épocas cercanas y desdichadas, tesoro intangible y sagrado que nadie hubiérase atrevido a profanar. Ahora, todo cambió.

Peró, las economías no se detuvieron allí; claro que nó! Siguió y seguirán aunque sea en menudencias: *iln'y a pas de petites économies*.....

PRODUCTOS ASTER

OPOTERAPIA SECA E INYECTABLE

Fermentos lácticos, Ovarina, Hepaticina, Nefrina, Páncreas, G. mamaria, Levadura de cerveza, Keffir, Glandotirina, etc.

Asmaleno. Gelatina, Fibrolisina, Suero vena renal, etc.

Adrenalina, Metales coloidales eléctricos — Plata y Azufre

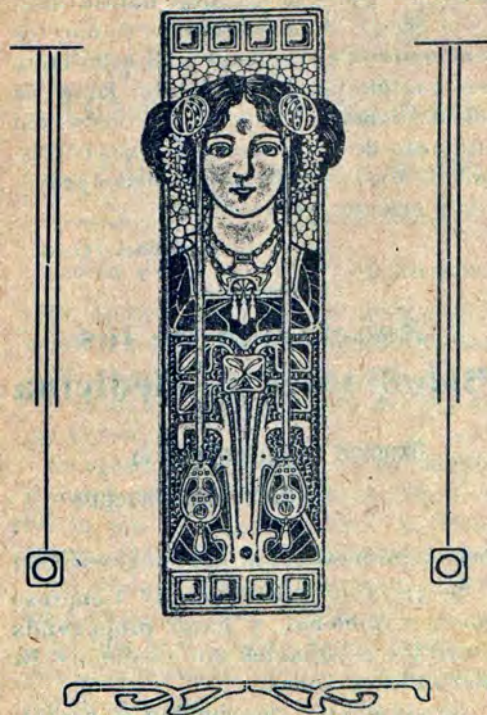
COPPETTI & CURCI

25 de Mayo, 340.

Montevideo.

PÁGINA POÉTICA

Para el Honorable Consejo Directivo de la Facultad de Medicina de Montevideo



He aquí el tinglado de la antigua farsa. De nuevo tornan los poetas de EL ESTUDIANTE LIBRE... Arrastrados por borrascosa lucha prosaica, hubo de enmudecer la música de sus cánticos jocundos. Mas hoy, vuelta la paz a los espíritus, sosegados y quietos los ánimos enardecidos en empresas descomunales dignas del pálido hidalgo de la Mancha, vuelven a entonar sus salmos y a musitar sus plegarias.

Dulcemente, suavemente, en la exquisita dulzura y en la tenue suavidad de sus sentimientos dicen, en el rojo candente de los versos, las pasiones de sus almas. Y esta vez, no será el Maestro que se aleja rumbo a Lutecia maravillosa el que recogerá sobre la frente iluminada la corona consagratória, como en los tiempos de la Hélade divina. Ahora es el Honorable Consejo Directivo de la Facultad de Medicina de Montevideo el que

inspira a los poetas y hace arder el sagrado fuego interior que todo lo purifica en el temblor inquietante de su llama.

Palabras de amor, oraciones de gratitud y de pasión, frases de dulce y cálido elogio: tal es la ofrenda espiritual de los poetas hacia las divinidades, tal es el regalo lírico de los bardos hacia los moradores del Olimpo inmortal.

Bajo la advocación de Melpómene, la musa trágica, ayer tejó el poeta una escena de odio, de celos y de traición: Manuel V. monarca de un imperio inverosímil y Pi Hornos, primado y consejero del desdichado príncipe, dialogaron al amparo tibio de la salita toda rosa.

Ahora, bajo la tutela paternal de Polimnia, protectora de los héroes y los dioses, los poetas elevan sus ditirambos a las figuras originales de esta epopeya contemporánea que contemplan asombrados nuestros ojos mortales.

Y en el sacrificio de esta misa pagana, divinidades y sacerdotes se esfuerzan por hacerse dignos recíprocamente. Las divinidades haciéndose cada vez más grandes por el prodigio milagroso de sus hechos y de sus obras; los sacerdotes purificando su alma en la soledad trágica del desierto para hacerla fuerte: así, el elogio que ha de surgir de ella será puro como agua de roca.

Y, apasionadamente, dirán los poetas todo su culto y todo su amor, todo su afecto y toda su gratitud: acaso el tumulto de los sentimientos rompa la armonía del verso y quiebre la eutimia de las estrofas: saltará el vaso hecho añicos pero la idea quedará triunfante en su magnífico vigor.

Ahora, humo de incienso que inunde los altares y perfume delicadamente las graves figuras de los dioses, impasibles acaso ante la ofrenda mística. Ahora el óleo sacro con que los poetas ungen a las divinidades inmortales.

Comienza la música de los cantos.

"Si era de paja la cola"

Oh alma del Silencio que yo reverencio!
JACINTO BENAVENTE.

*«De «clinique medicale» cierto gran Profesor
En sesión borrascosa ofició de cantor;
Y el discurso pulido que a nadie convenciera
Hizo que el vate gentil estos versos tejiera».*

En el Consejo fué una vez
De nuestra vieja Facultad.
Por rara casualidad
No fué ni en China ni en Fez.

Un Consejero genial
Silenciario como un Bhuda
Habló con voz de cristal,
Mi alma asombrada estaba muda.

Dijo con autoridad
Muchas cosas importantes.
Pero a decir la verdad
¡Todos quedamos como antes!

Lo recibieron tan mal
Que en su cabeza sesuda
Puso su grano de sal
El demonio de la Duda
¡Pobre galeno genial
Silenciario como un Bhuda!

Tal vez se debió callar
Dejando correr la bola,
Pues no conviene colear
Cuando es de paja la cola.

En el Consejo fué una vez
De nuestra vieja Facultad
Por rara casualidad
No fué ni en China ni en Fez.

No le habléis de Reunión!

Es su faz un trasunto de ideal...
AMADO NERVO.

Es su faz un retrato de hidalgo castellano
Con sus ojos azules y piloso el mentón
Sella todos sus actos un secreto extrahumano.
No le habléis de Reunión!

Es enorme el prestigio de su obra famosa
Tan puros los decires de su corazón
Hay tanto misterio en la salita rosa...
No le habléis de Reunión!

Tiene el vago encanto de figuras de antaño
En los lienzos antiguos pálidos de pasión
¡No turbéis el silencio de su espíritu huraño!
No le habléis de Reunión!

Como aquellos otros

Porque te fuisie de mi lado, ay vida mía!
CANTO POPULAR

Se fué para no volver
AUTOR ANÓNIMO

Si, Maestro, te puedes dar la mano
Esa mano que décimas tejiera
Con tantos otros que tras larga espera
Palidecieran aguardando en vano.

Como ellos también acaso fuiste
El profesor mimado de otros días.
¡Oh pobres estudiantes que aburrías
Un poco chacotón y un poco triste!

Pues no faltó el cumplido compañero
Que atraído por tu fama de trovero
En ocios resignados te escuchó.

Mas aburrido en época cercana,
Te dijo como siempre: «Hasta mañana»...
Pero que no volvió.

Los hábitos de La Americana

¿Adonde van los muertos Señor, adonde van?
AMADO NERVO.

Falta aquel contertulio hace ya una semana
Que poseía la Corte toda llena de fé
Y que noche tras noche allá en La Americana
Bebía sorbo a sorbo su tacita de thé.

La Corte lo envolvía. Gomenzaba el discurso
De los graves pontífices todo luz y verdad
De aquel que en Lutecia fuera Interno a concurso
De aquel que es Honorario de nuestra Facultad.

Mas hace varias noches que El no ocupa la mesa
Con la Corte extasiada que una oración le reza.
Y es raro, varias noches... en que no se le vé

Nosotros indiscretos al notar esta ausencia
Pensamos al instante en Pública Asistencia
Que le absorbe las noches y le priva del thé...

Juan Decano mira el humo...

*«Ay! mi vida
No parece ya mi vida»*
(AUTOR ANÓNIMO).

Mientras fantasía finge en la distancia
Una alegoría equina y trivial,
Unos floripones llenan de fragancia
El ambiente suave, tibio y decanal.

Juan Decano fuma y absorto en el puro
No ha visto la mano que le tiende un mate.
Su testa se inclina cual fruto maduro,
Sobre el brazo muelle del «morris» granate.

Si piensa ya no habla. Padece de afemia.
Todo lo ve negro, ¡color de dolor!
Ay! como sus «racers» que mueren de anemia
Ya no la figura sobre el marcador.

Nostalgioso sueña con la vez primera
Que subió al estrado para gobernar,
Eso fué en los tiempos de su primavera
Tenía otros bríos, sabía luchar!

Más hoy el Invierno inclemente llega
Y abandona en su alma granitos de aji
La flor de su espíritu, ni ampara ni riega.
Suframos ¡Qué diablo, la vida es así!

SOLON II**(Farmacéutico est)**

Quien encabeza estas líneas no es nada absolutamente, ni primo siquiera de aquel gran Solón que nos obligó a estudiar tantas leyes! (Bueno: yo no sé si fué él o el vasco Arbelaiz).

El Solón éste tampoco es pariente, ni cosa parecida, del Dr. Introini a pesar de que siempre lo nombra.

Yo creo que el árbol genealógico de este héroe pertenece a la especie de los *Ranunculáceos* (familia de los *ligadurum arrabalis*). Voy a explicar por que: su cuerpo parece un tronquito bien cuidado seis cafés con leche por día). *Ligadurum*: derivado de liga, ambiente propicio entre las ninfas y hamadriadas. *Arrabalis*: ¿No lo habéis visto nunca en el Boulevard Artigas y Canelones dando manija a las piernas, amagar después dos o tres veces y arrancar hasta el H. Maciel? En su breve paso por Sarandí siempre lo persiguen varias ninfas. ¡Qué suerte! dirán Vds. No lo crean: lo persiguen para que les repita el vino yodotánico.

Necesita bencina y... ¡ay mi Dios! ¡Cómo la repone! Come doble y para quitarse la irritación esofágica hace gargarismos gástricos con café con leche.

Cuando se dispone a marchar, los estudiantes le cantan el estribillo:

Adios Solón
Gentil Solón
Los platos que te pasaste
Y los que pescaste
Nos dejan mirando el Sol.

No seas así
Deja comer
Los panes y las galletas

Las jarras de leche
Y hasta las mesas
Se irán para no volver.

Y Solón desde la puerta dice: qué quieren: es por mi dispepsia.

Sufre también de torticollis porque fuerza los sterno-cleidos y los expone a un espasmo reumático.

Antes de acostarse hay que convenirlo con el último café con leche. Se acuesta con un pan que digiere antes de conciliar el sueño.

ENE.

LA AUTONOMIA

De nuevo se volverá a plantear en el Parlamento el problema de la autonomía universitaria, y nuevamente se vuelve a caer en el error de involucrarla con las autonomías de los demás organismos del Estado, error que es, a juicio de Vaz Ferreira uno de los motivos de que la Universidad continúe todavía bajo la dependencia del Ejecutivo. Escollo que debe ser salvado desglosando problemas tan distintos.

Al pensar en la forma de solucionar la cuestión de la autonomía universitaria, se presentan dos caminos: darla a las actuales autoridades, con la organización que hoy tienen, que es a lo que se llegaría en caso de aprobarse los proyectos que están en las carpetas de la Cámara, tendientes solo a hacer practicable el principio establecido en la Constitución, o transformar nuestra Institución docente, construir la Universidad nueva y librarla de influjos ajenos a la enseñanza; en fin, darle una organización capaz de usar bien esa autonomía.

Desde luego que el primer camino debe rechazarse; dar autonomía al actual

enseñadero, con la organización anticuada e ilógica que lo rige, sería perpetuar un estado de cosas que no debe subsistir, pues luego de reformarla sin resultados verdaderos, después de dar solidez al régimen existente sería mucho más difícil si es posible provocar una renovación.

¿Pero queremos decir con esto que no sea menester una reforma universitaria? No, sino por el contrario que se debe ir a una transformación radical, que debemos tomar el segundo camino, llevar a cabo los actuales proyectos de ley o hacer otros si fuera necesario, propiciar una verdadera mudanza para crear una institución nueva y no dejar que se apliquen paliativos a lo malo e intolerable que hay ahora.

A nuestra Universidad le falta vida propia, carece de fuerza, no tiene espíritu y eso no se cura con reformas parciales ni con reglamentaciones más o menos oficinescas. Es preciso sacar esa vida que le falta de los mismos elementos que la integran, estudiantes y profesores.

He ahí, a nuestro juicio, la causa del continuado fracaso de los planes y las reformas que desde hace tantos años se vienen haciendo, que apenas salidos de la gestación ya resultan inservibles, porque todas ellas se han dirigido a planes, métodos y programas sin darse cuenta de que el verdadero mal está en la composición de la Universidad, en la carencia de ideales y verdaderos estímulos desde que estudiantes y profesores van a ella a ser regidos y no a intervenir en la dirección de la propia obra como cumpliría. Es un cuerpo de células inanimadas y de vida artificial.

Esa es la causa de la crisis universitaria y debe desecharse todo intento de reforma que no encare este aspecto fundamental del problema a resolverse.

Y eso es lo que propone «Ariel»: evitar que se vuelva al error de siempre, al recurso de los paliativos,—que en este caso pueden ser de resultados muy serios—provocar que se vaya a la Universidad nueva y que se plantee la cuestión en sus términos reales.

Pero surge de inmediato la pregunta ¿quién constituirá esa Universidad del futuro?

Desde luego que no pueden ser ni los Poderes que forman el Gobierno, ni mucho menos las autoridades universitarias solamente. Decía Bivet que para la enseñanza francesa el niño habría sido «una cantidad despreciable»; en nuestra Universidad el profesor y el estudiante son cantidades despreciables, jamás se les ha tomado en cuenta para nada, sin embargo de ser a ellos a quienes corresponde, si no presidir, por lo menos provocar y orientar esa reforma.

De la Revista «Ariel».

Asociación de los Estudiantes de Medicina

Asuntos resueltos por la
Comisión Directiva

SESIÓN ORDINARIA DEL 22 DE JULIO DE 1921

Se resolvió adherir al 2.º Congreso Médico Nacional, y hacer propaganda entre los estudiantes por medio de EL ESTUDIANTE LIBRE.

Se aprobó por unanimidad el programa trazado por la Comisión de Fiestas, y se resolvió publicar las bases del Concurso de obras teatrales para la función de teatro que constituye uno de los números del programa de Fiestas de la Primavera.

Adrenalina Galien

Extraída de las glándulas surrenales por un procedimiento especial
— a presentarse en el segundo Congreso Médico Nacional —

ENSAYADA FISIOLÓGICAMENTE ANTES DE SER PUESTA EN VENTA

Cristalizada en tubos de 10 centigramos.

En solución al milésimo, frascos de 30 c.c.

En ampollas de 1 c.c. sola o asociada a la cocaína y Novocaina.

LABORATORIOS GALIEN

Sección Medicamentos Biológicos

PROFESORES FARMACÉUTICOS

BOCAGE, BUJALANCE Y CAPRA

Paysandú, 1783

Montevideo

SANATORIO OBSTÉTRICO

DEL

Doctor Melchor Pacheco

EXCLUSIVAMENTE PARA SEÑORAS EMBARAZADAS
Y PARTOS

ATENDIDO POR HERMANAS DE CARIDAD Y NURSES

Agraciada, 2370 - Montevideo Teléfono: La Uruguay, 608 (Aguada)

NOTA—Es conveniente solicitar pieza con anticipación.

SESIÓN ORDINARIA DEL 5 DE AGOSTO

Se aprobó por unanimidad la actitud asumida por los señores Regules, Mussio y Oreggia en los homenajes efectuados con motivo del fallecimiento del Dr. Angel Colombo.

Se aprobó el gasto de \$ 32.50 (treinta y dos pesos con cincuenta centésimos) hecho por el Inspector de mes, señor Pietra, para reparar los billares.

Se designó Inspector durante el mes de Agosto, al señor Peluffo.

Se fijó el día 10 de Agosto, como fecha para la realización de la conferencia del Dr. Lasnier.

Se aceptó la renuncia del cargo de Redactor de EL ESTUDIANTE LIBRE, presentada por el señor Cyro Giambruno, y se designó para reemplazarlo al señor Constante Turturiello.

UNA OPINIÓN

«...Sirvame de disculpa el que este libro no se ha escrito para las personas respetables. Yo deseaba convencer a mi lector, y este no debe tener treinta años. Pasada esta edad, las opiniones están formadas, lee uno por distraerse, por estar al corriente de lo que se escribe, por ilustrarse sobre un detalle. En cuanto a los cimientos, ya están contruidos y son inconvencibles: el hábito, la pereza mental, las ocupaciones prácticas, la necesidad de contemporizar con los poderes, el deseo de conservar las amistades, forman en torno como un cemento que nada puede disolver. Desde esta época en adelante no renueva uno su filosofía, sino que saca las consecuencias de la que ha

elegido, o mejor, por lo común no tiene ya filosofía, piensa en cosas de más importancia, en los intereses de dinero, de ambición, de partido; ve las discusiones abstractas detrás de sí, en una lontananza oscura, como en un ejercicio de juventud; se sonríe de los espíritus candorosos que se entregan a ese ejercicio; los mira desde lo alto y se divierte en verlos discutir sobre las causas, como se divierte uno viendo a los niños jugar al tejo. Había, pues, que escribir para la gente joven. Desde los veinte hasta los veintiocho años, muchos de ellos piensan...»

Las frases precedentes, debidas a la pluma de Hipólito Taine, debieran ser leídas por quienes sostienen que la verdad no es patrimonio de ninguna época ni de ninguna edad y luego, en la práctica, proceden como si estuvieran en la convicción de que la verdad es poseída sólo por los ancianos... Por lo menos, así lo hace suponer su temor de escuchar en reuniones públicas, la palabra de los estudiantes.

Epistolario

Montevideo, La Gran Muñeca, Tintoretto. — La página de Apuntes de Patología Interna no ha salido con la regularidad que Vds., y demás estudiantes desean, debido a que el compañero Silva y Ferrer por sus múltiples ocupaciones, no ha podido siempre realizarla, como lo hubiera deseado. De todos modos, en el futuro, Silva y Ferrer nos ha prometido dedicarse, a expensas

de otras actividades que hoy le absorben, enteramente a esta tarea.

Policiano viejo. — Como Vd. verá la Página Poética resucita en este número, dedicada al H. C. de la Facultad. Los poetas no *habían muerto*, como Vd. llegó a suponer, sino que, obligados por los últimos sucesos que son de notoriedad, a *escribir en prosa* tuvieron forzosamente que dejar que las letras enmudecieran. Pero hoy, pasada un poco la borrasca o, mejor dicho, encarada desde otro punto de vista, vuelven los himnos elogiosos y ditirámicos...

Interesado. — No. EL ESTUDIANTE LIBRE cierra, con este número, su aparición, por este año. Los exámenes, primero, y luego las vacaciones hacen imposible su salida. El solo *vive* durante el año escolar, pero, eso sí, prometemos que con el primer día de clase del próximo año, volverá a la vida rozagante y ufano, como siempre, para divertir a unos y amargar a otros. Ya lo dice el vate, en la Página Poética: «¡qué diablo, si la vida es así!».

Don Juan Francisco. — Pregunta Vd. por los programas: y bien, salvo aquellos dos, ya famosos, que publicáramos hace algún tiempo, nos ha sido imposible conseguir otros. Son puros inconvenientes: que no existen, que hay que corregirlos, que hay que añadir, que hay que sustraer, etc., etc. Así lo dijimos, en el número anterior, en nuestras Notas. Pero, en fin: voluntad sobra y esperamos que, después de esta campaña, alguien se preocupe por que los profesores cumplan con ese deber propio de ellos, que es la redacción clara y amplia, de los programas.

Veremos...

Revolucionario. — Si, compañero. La campaña contra la decisión del H. G. que nos elimina de las Reuniones ha sido enérgica y continuada y si ahora cesa, es solo porque EL ESTUDIANTE LIBRE dejará de aparecer. Por lo tanto, Vd. que deseaba que ella siguiese no podrá ver satisfechas sus aspiraciones—que son las nuestras y las de todos los compañeros—pero sólo por esa causa fundamental y única.

NOTAS

DESPEDIDA. — Y ahora, hasta la próxima, decimos. Con este número EL ESTUDIANTE LIBRE muere para resucitar allá por el mes de Marzo del año venidero.

Algo se ha hecho: no mucho pero sí, algo. Se ha escrito abundantemente en plena lucha de ideas, respetando a los hombres siempre que lo merecieron: el ataque personal no entra en nuestro modo de acción pero no porque creamos—por pequeñas razones, pueriles y sentimentales—que él agravia al que lo dirige. No. El ataque personal fundado y justo debe aceptarse sin embajes; las personas son respetables en tanto mantienen la línea de su conducta dentro de la moral: más allá el ataque directo es explicable y más aún, justificado.

Así, pues, ha sido rudo el combate y fatigosa la labor. Las campañas que sostuvimos iban desarrolladas dentro de la mayor armonía hasta que las resoluciones del H. Consejo Directivo de la Facultad hizo que abandonáramos la línea impecable para entrar en la lucha ya menos armoniosa. Los ideales estudiantiles eran despreciados; sus derechos eran desconocidos; sus prerrogativas olvidadas y, así, la lucha hubo de ser, fatalmente, entusiasta y enérgica.

Veremos lo que nos depara el año próximo. Si esta reacción conservadora del Consejo continúa realizándose — y así lo pensamos — creemos que es muy arduo el trabajo que espera, en la continuación de su obra, al ESTUDIANTE LIBRE.

Para bien de todos, mejor sería que la labor volviera a su primitivo sosiego: la paz del trabajo sería entonces el testigo de que todo marcha por los cauces de la verdad.

Esos serían nuestros deseos, nuestros mayores deseos. Pero si — por que así lo quieren los hombres — vuelven hechos extraños a perturbar y entorpecer el progreso de nuestra Facultad en su camino de perfeccionamiento, entonces, de nuevo, se elevará airada y generosa la palabra de los estudiantes, defensora de los fueros propios y aún de los ajenos.

Una vez más entonces, la voz estudiantil indicará, como siempre, la ruta luminosa, el camino verdadero aún a expensas de *pequeñas heridas* en prestigios basados en fábulas que vienen a través de los tiempos...

El Dr. Juan F. Canessa
y «El Estudiante Libre»

Con motivo de la publicación, en esta hoja, del artículo titulado «La fiesta al Dr. Canessa» y en el cual elogiáramos calurosamente la actitud de los estudiantes que, año a año, tributan un homena-

PRODUCTOS LACTEOS KASDORF

DE LA

“GRANJA LARRAÑAGA”

(Irureta Goyena, Etchegaray & Cía.)

CALLE URUGUAY, 1120 ENTRE RONDEAU Y PARAGUAY

Leche Kasdorf Maternizada y Malteada

Sopa de Malta Terrien

Yoghurt Kasdorf

Yogalmina (leche albuminosa)

Yocrema (babeurre)

Sanatorio de Cirujía de Niños

de los Dres.

PENA Y RODRIGUEZ GOMEZ



==== Cerrito, 656 ====

je de afecto y de gratitud al Dr. Canessa, el *viejo*, siempre caballeresco y bondadoso, envió a nuestro director la carta que damos enseguida:

Montevideo, Octubre 18 de 1921.

Sr. Br. Roberto B. Giudici,

Mi querido Giudici:

No quiero dejar de cumplir el vehemente deseo de testimoniarle mi agradecimiento por su hermoso artículo de EL ESTUDIANTE LIBRE comentando la última fiesta de los internos.

Sus juicios y sus palabras tan bondadosas para mí, me han llegado al fondo del alma y allí quedarán para siempre. En el Album donde he recogido con amor, los recuerdos gratos de mi vida, he colocado su artículo para engrosar el archivo de mis satisfacciones íntimas.

Gracias, y muy cumplidas, por todo, y que Dios le colme de beneficios son los

mejores votos que hago para Vd. que ha sido tan bueno para mí.

Reciba un afectuoso abrazo de su amigo viejo,

JUAN FCO. CANESSA.

Ahora, dos palabras. Agradecemos efusivamente, con el más cálido reconocimiento las palabras llenas de bondad que nos dirige el Dr. Canessa. Pero, al aceptarlas, lo hacemos pensando que ellas no van dirigidas con exclusión al director de EL ESTUDIANTE LIBRE sino a toda la redacción del periódico que, por unanimidad, resolvió publicar aquellas palabras de simpatía y de afecto. Y más aún: el agradecimiento del *viejo* alcanza a todos los estudiantes de medicina pues son ellos, en último término, quienes le expresaron — por nuestro intermedio, simplemente — su gratitud y su alta estima.

El Médico trovador

*Que le Soleil est beau quand tout
frais il se lève.*

BAUDELAIRE.

Desde lejos nos llega esta colaboración poética. Ella viene para un viejo profesor, joven por su temperamento decidido, que fuera desde tiempos antiguos, apolonida impecable que buscaba la inspiración en la fuente fresca y clara de nuestro ambiente criollo. Ojos huma-

nos lo vieron, vestidos los gauchescos atavios, revivir las épocas gloriosas de nuestros antepasados que nos dieran patria. Y hubo siempre en sus labios la palabra de admiración—que llegaba del fondo de su alma—para el que fuera *primativo elemento de emancipación y de trabajo*.

Así, pues, este canto es justo y es merecido. Hay una justicia indisputable en el elogio cálido que le dice el poeta en las estrofas inspiradas y arrebatadoras.

Dolorido trovador que perdiste la calma
Alumnos sin conciencia te han herido en el alma
Que dejaron la clase que dictaba tu amor
Había cuentos camperos con tal gracia descritos
Que todos encantados proclamaban a gritos
Que era tu aula hermosa, la Viña del Señor!

Ternura de las décimas, consejos candorosos
Perturbaban los ánimos sus caricias piadosas
Y todos concurrían con invencible afán
A escuchar la palabra que a lo íntimo llega:
Hechos de Martín Fierro, luchas de Santos Vega
Y cómo antes moría un criollo Don Juan.

Y también desfilaba, romántico, Juan Cuello
De pie cuando clarines anunciaban degüello,
Juan Moreira el invicto, soldado y trovador.
Los héroes inmortales, sus gestas milagrosas
Tuvieron de tus labios la guirnalda de rosas
Que tejiste en tu clase, ¡la Viña del Señor!

Anécdotas perversas, amores inquietantes,
Escenas pintorescas, ardientes y picantes

Que a las mejillas pálidas pintaban de carmín
Idílicas pasiones, tan lánguidas y puras,
Amores ideales y dulces aventuras
Al claro de la luna que perfuma el jardín.

Todo, todo contabas; angustia turbadora
Inundaba las almas y..... pasaba la hora
Y en tanto los alumnos te decían su amor
Entonaban los cánticos y luego, a la partida,
Daban gracias al cielo, bendecían la vida
Porque fueron tus clases, la Viña del Señor!

Ataviado de gaucho, en días de domingo
Ginete irreprochable sobre el lomo del pingo
Simboliza el centauro de la Revolución
Y nostálgico y trémulo al son de la guitarra
Entonando la décima que el corazón desgarró
Y perfuma las almas con flores de emoción.

Tal es la polimorfa figura del trovador
El hijo de esta tierra que acaricia el pampero
Crítico de arte, bardo, decano y profesor.
Por eso el estudiante, a todo indiferente,
Pedía que su clase viviera eternamente
Pues era maravilla ¡la Viña del Señor!

La enseñanza de la Clínica Quirúrgica

Cierto revuelo ha producido en nuestro medio Hospitalario el artículo que en el número anterior de EL ESTUDIANTE LIBRE, dedicamos a la manera como, actualmente, se encara la enseñanza de la Clínica Quirúrgica.

Larga había sido ya nuestra campaña. Número tras número insistíamos sobre ese tema, trascendente para los estudiantes de medicina; y en el último—el que mayor efecto ha producido acaso porque en él se dijeron verdades incontrovertibles—la cuestión fué planteada en sus términos exactos y sin reparos.

Se dijo, en efecto, que la enseñanza de la Clínica Quirúrgica era aún hoy—a pesar de todas nuestras protestas—absolutamente teórica; que los estudiantes no intervenían sino por rara casualidad, en los actos operatorios, debido a las *sorpresas* que caben siempre en ellos y que hacen imprescindible un ayudante hábil y diestro; que el *material* era repartido según una escala que se inicia en el profesor y terminaba en el interno (los alumnos poseían un número negativo: ya ni figuraban en la escala); y, por último, se dijo que ese estado de cosas obedecía exclusivamente a un espíritu de egoísmo que era necesario y urgente desterrar de nuestra enseñanza, no solo por la mezquindad que en sí mismo encarna sino aún por las consecuencias que, para el médico y la Sociedad él representa.

Y demostrado que, en un número infinito de intervenciones, un alumno de años superiores puede oficiar de ayudante sin que ello importe, de ningún modo, *jugar con la vida ajena* (que hasta allí se ha llegado, en el afán desmedido de desvirtuar los hechos y sostener tesis absurdas e indefendibles), ya no existe argumentación alguna que pueda justificar ese ánimo de avaricia que hoy parece regir la enseñanza de la Clínica Quirúrgica.

Y en cuanto a que debe ser el profesor quien reglamente la intervención del alumno en los actos operatorios—tal es siempre el argumento opositor—estamos en ello de perfecto acuerdo. Pero nuestro acuerdo significa que debe llegarse a una *reglamentación* y no a una *exclusión* que es lo que acontece en la actualidad. En vez de determinar en que intervención quirúrgica ha de colaborar el alumno, hoy el profesor determina... que jamás alumno alguno oficiará de ayudante.

Ese hecho que señalamos—absolutamente verídico, por lo demás—desnaturaliza en su esencia misma la función del estudiante de Clínica Quirúrgica excluido sistemáticamente de toda operación. Y, precisamente contra esa *exclusión* injustificada y peligrosa, es que hemos luchado siempre y continuaremos luchando.

Poseemos la esperanza de que esta manera de concebir la enseñanza ha de variar aún cuando para ello aún hayan de pasar muchos días. Así lo exigen nuestros derechos de estudiantes y así lo reclama el sentimiento de nuestra responsabilidad para con la sociedad.

Instituto Médico Fisioterápico

DEL DR. ESCARDÓ

RAYOS X—Radioscopia - Radiografía - Radioterapia.

ELECTRICIDAD—Estática - Galvánica - Farádica - Alta Frecuencia - Electrodiagnóstico.

MASAJE—Manual y vibratorio - Movilización.

GIMNASTICA—Médica, ortopédica y respiratoria.

Rio Negro, 1324 - Teléf. Uruguay 1464, Central • Montevideo

Sanatorio Quirúrgico

DE LOS DOCTORES

LENGUAS Y VEIGA

1428 - NUEVA PALMIRA - 1428

ATENDIDO POR LAS HERMANAS CAPUCHINAS

Dr. Luis P. Lenguas

Cirujano del H. Maciel

AGRACIADA, 1941.

Dr. Fausto Veiga

Ex - Jefe de Clínica
del Servicio de Ginecología del H. Maciel
Enfermedades de Señoras

AGRACIADA, 2385.

PÁGINA CIENTÍFICA

Consideraciones generales sobre La Proteinoterapia y el tratamiento por el Choc Coloidoclásico

(WIDAL, ABRAMI, BRISSAUD)

(CONCLUSIÓN)

La iniciación de estos trastornos, que son en ellos equivalentes al choc anafiláctico, no los libra pues, de la amenaza de su retorno; en el intervalo, quedan sensibilizados.

Frente a todas estas diferencias que, en su manera de desarrollarse, en sus síntomas, en los efectos del choc, separan la anafilaxia espontánea del hombre de la anafilaxia experimental, no es sorprendente ver que los procedimientos de sensibilización difieren igualmente en uno y otro caso, y que la skeptofilaxia, que con frecuencia desensibiliza al animal en una vez, no produce este resultado en el hombre. Para obtener en él esta desensibilización, es necesario recurrir a la administración repetida, prolongada largo tiempo, de dosis variables y, a veces, infinitesimales de la sustancia desencadenadora. Sólo a la larga se presencia entonces, en los casos felices, la desaparición del estado de anafilaxia.

Esta desensibilización por dosis repetidas, fué intentada primero por medio del antígeno específico de la anafilaxia; este método fué el que permitió a Lesné, a Pinzano, a Schofield, curar sujetos atacados de anafilaxia alimenticia por los huevos o por la leche, haciéndoles ingerir, durante largo tiempo, cantidades mínimas de estas sustancias; este método fué el empleado también por uno de nosotros, con Pasteur Vallery-Radot, en el caso de anafilaxia por la antipirina a que ya aludimos. Es también a esta desensibilización específica que se atribuyen los resultados obtenidos por M. Weil (de Lyon) en la anafilaxia digestiva del lactante por medio de inyecciones fraccionarias de leche; los obtenidos por Chandler Walker, Scheppegrell, Frank y Straus, en la anafilaxia respiratoria por el polen y las emanaciones animales.

Es posible que esta desensibilización específica sea la única capaz, en ciertos casos, de realizar la cura de la anafilaxia, particularmente cuando esta procede de una sustancia química, como la antipirina. En todo caso, la proteinoterapia banal es también capaz de producir la desensibilización, aún en estados

anafilácticos cuya etiología es, sin embargo, de las más precisas.

Aplicando a un enfermo, atacado de asma de origen ovino, el método de autoseroterapia antinaifláctica que nos ha dado tan buenos resultados en nuestros hemoglobínuricos, pudimos librar a ese sujeto, de su estado de anafilaxia. Esta liberación no duró, sin embargo, más que un tiempo limitado, y después de más o menos, dos semanas, la hipersensibilidad se reprodujo. Resultados análogos se obtuvieron después, igualmente, en el asma por Walker, con ayuda de la autoseroterapia, por Kahn y Emsheimer, con ayuda de la autohemoterapia.

El procedimiento de autoseroterapia fué utilizado por MM. Achard y Flandin en el tratamiento del *rhume des foies* y ciertas urticarias recidivantes. Esos autores, en lugar de utilizar la vía intravenosa, recurrieron a la vía subcutánea; hicieron uso por otra parte, de pequeñas dosis de autosuero y, muy recientemente, atribuyeron a una desensibilización, los efectos favorables que obtuvieron.

Para realizar esta desensibilización de los asmáticos, otros autores se sirvieron de la peptona administrada por vía subcutánea, intravenosa, gástrica o aún rectal. De este modo, Auld, practicando inyecciones subcutáneas o intravenosas de pequeñas dosis de esta sustancia, obtuvo en algunas semanas, en numerosos sujetos, una cura que se mantuvo durante muchos meses. Joltrain, por su parte, sometiendo un enfermo, atacado a la vez de asma y urticaria, a la ingestión repetida de pequeñas dosis de peptona, siguiendo el método de Pagniez y Pasteur Vallery-Radot, vió desaparecer, durante dos meses, las crisis disneicas. En fin, M. Cordier, en un caso de asma, de origen igualmente digestivo, obtuvo un resultado análogo, por el empleo repetido de enemas de peptona.

El asma no es el único estado anafiláctico en el cual semejante desensibilización haya sido lograda por la proteinoterapia. MM. Pagniez, Pasteur Vallery-Radot y Nast, aplicando, durante muchas semanas la skeptofilaxia por la peptona, a sus enfermos en estado de anafilaxia digestiva vieron, en algunos de ellos, desaparecer la sensibilización. Recientemente, estos autores volvieron sobre esta desensibilización, producida por la ingestión de peptona, y precisaron el modo de administración de esta sustancia que, en los estados que revelaban anafilaxia alimenticia, les dieron los mejores resultados. Utilizando el mismo método, M. Gautier, de Ginebra, observó resultados análogos.

El método de la desensibilización no

específica fué aplicado, por otra parte, con resultados variables, en otros estados anafilácticos.

Ciertos autores recurrieron, para esto, a la autohemoterapia. Recordemos que M. Ravaut, desde 1913, aplicó este procedimiento al tratamiento de dermatosis diversas, y que atribuyó los buenos efectos obtenidos en ciertos casos, a una excitación de reacciones fagocitarias y humorales del organismo. Desde entonces, el método preconizado por Ravaut fué empleado muchas veces, con frecuente éxito, en el tratamiento de urticarias, púrpuras y diversas enfermedades diatélicas.

Recientemente, M. Ravaut obtuvo la cura de una dermatitis erisipelatosa recidivante, con inyecciones intravenosas de hiposulfito de sodio, y atribuyó el resultado obtenido a una desensibilización.

Es aún a la antinaifilaxia no específica que M. Danysz relaciona los resultados que obtuvo en un gran número de estados diatélicos crónicos, por las inyecciones subcutáneas, repetidas, de pequeñas dosis de proteína microbiana. Después de haber asimilado a accidentes de orden anafiláctico, disturbios tales como dermatosis, enteritis, estados reumáticos, este autor, suponiendo que la sensibilización del organismo tiene su punto de partida, en casos parecidos, en la reabsorción de antígenos microbianos, al nivel de la mucosa intestinal, tuvo la idea de desensibilizar estos enfermos, practicándoles una serie de inyecciones subcutáneas de enterovacuna.

Vemos, por todos los ejemplos que preceden, el interés que tiene el estudio de la proteinoterapia, en los estados coloidoclásicos observados en el hombre. No es indiferente saber que, en ciertos casos, por lo menos, albúminas heterogéneas banales pueden permitir, igualmente que el antígeno específico, ya sea preservar temporalmente al organismo de un choc, ya sea obtener, a la larga, en los sujetos anafilactizados, una desensibilización más o menos duradera.

Junto a los métodos que acabamos de describir, y en los cuales las proteínas heterogéneas son empleadas, sea para producir, como en la hemofilia y la hemoglobinuria paroxística, una verdade-

ra consolidación del equilibrio plasmático, ya sea para colocar al organismo, temporal o definitivamente, al abrigo de un choc como en los estados coloidoclásicos, se coloca un método de proteinoterapia completamente diferente: el del tratamiento por el choc que propusimos hace ocho años.

Consiste en tratar de detener la evolución de una enfermedad por un choc provocado artificialmente. En un artículo precedente, hemos analizado las condiciones de aparición y los síntomas que caracterizan, en el hombre, los fenómenos de choc. Recordemos que, para producirlo, es suficiente inyectar, bruscamente y en dosis suficiente, ciertas sustancias que alteran brutalmente el equilibrio coloidal de nuestros humores y entre las que se colocan, en primer término, las albúminas heterogéneas. Son los efectos de este choc banal, voluntariamente provocado, los que propusimos explotar en 1913, con objeto terapéutico.

En nuestra memoria sobre la hemoglobinuria paroxística tuvimos especial empeño en demostrar la diferencia que existe entre este tratamiento y los que describimos precedentemente. «Junto al método que acabamos de aplicar a la hemoglobinuria paroxística — escribíamos — y que tiene por objeto habitar el organismo a los efectos de las albúminas heterogéneas, y preservarlo contra ciertos chocs, hemos empleado, en otras enfermedades, el método opuesto, que consiste en provocar, por lo contrario, un choc, cuyos efectos secundarios pudieran ser favorables». El año siguiente, en una nota sobre «la utilización terapéutica de los chocs anafilácticos», volvíamos de nuevo sobre el principio de este método, y recordábamos los primeros resultados que nos había dado.

Al ver el trastorno humoral considerable desencadenado en un organismo por el choc, al comprobar las variaciones instantáneas y profundas que este trastorno hace sufrir a la presión arterial, a la leucocitosis, a la circulación de los hematoblastos, a la coagulación sanguínea, al porcentaje en albúminas del plasma; al pensar que el trastorno así comprobado en todos los elementos de la sangre, no es otra cosa que el re-

— PRODUCTOS —
QUÍMICO - INDUSTRIALES

ELABORADOS POR



REID & RIGAU

MONTEVIDEO

Administración: RINCON, 507 - Teléf. Montevideo, 3000 Cent.

Fábrica: 2723 - ROCHA - 2725

1900 Agu.

Agua Oxigenada "DEL DEL"

Recomendada por el Cuerpo Médico Nacional. — Producto de invariable estabilidad y libre de sustancias irritantes. — (Dosificación a 40 Volúmenes).

Extracto de Vinagre - Vinagre de Yema - Creolina - Agua para limpieza
Hormiguicidas - Lombricida - Grasa fina para automóviles - Grasa amarilla
para vehículos y maquinarias - Veneno para cueros, etc., etc.

INSTITUTO MÉDICO DE FISIOTERAPIA

DIRIGIDO POR LOS DOCTORES

BELLIURE, LORIENTE Y PUYOL

RAYOS X—Radioscopia, Radiografía, Ortodiagnóscopía, Radiografía estereoscópica, Radioterapia.

Radium — Electricidad — Luz y Calor

BANOS—Medicamentosos en general, Turco-Ruso, Turco-Romano, Hidroeléctrico. — **MASAJE.**

Sección separada para señoras atendida por nurses

CALLE CIUDADELA, 1438-42 — TELÉFONOS: URUG. 3438 (Central) y COOPER.

Abierto: de 8 a 12 y de 3 a 7, menos los Domingos

flejo de una crisis general, que afecta a todos los plasmas, probablemente aún a los que constituyen la parte viva de nuestras células, nos vimos obligados a pensar que un choc, provocado artificialmente en un organismo enfermo, podía ser explotado útilmente con un fin terapéutico. «Nos hemos preguntado—escribíamos—si las modificaciones repentinas provocadas en el equilibrio del plasma por las inyecciones heterogéneas, no podían ejercer una influencia favorable sobre la evolución de ciertas enfermedades, realizando una especie de crisis anticipada».

Para producir el choc curador, nos habíamos servido del propio suero del enfermo, inyectado por vía intravenosa. Hemos dicho, en efecto, que el suero sanguíneo, medio coloidal muy distinto del plasma sanguíneo, se conduce como una verdadera albúmina heterogénea, cuando se le inyecta en plena circulación. Con el suero recientemente transudado a la temperatura del laboratorio, no se obtiene choc apreciable, pero si se deja permanecer en la estufa a 38° ó 39°, durante diez y seis a veinte y cuatro horas, la sangre destinada a producir el suero, éste adquiere una heterogeneidad suficiente para que su inyección en la vena determine un choc proteico de los más típicos.

Después de un período latente, de una duración habitual de quince a treinta y cinco minutos, durante el cual aparece la crisis hemoclásica, sobreviene un gran escalofrío, acompañado de elevación de temperatura, de hipotensión arterial, de taquicardia, a veces de vómitos; luego, los fenómenos de choc mejoran rápidamente, y la temperatura vuelve a lo normal. A fin de atenuar la intensidad, a veces temible, de este choc, hacíamos preceder la inyección de autosuero puro por la inoculación de dosis crecientes de suero diluido, según el método de Besredka.

Fué sobre sujetos atacados de *fiebre tifoidea* que aplicamos primeramente este método. Ninguna enfermedad parecía deber prestarse mejor para ello, en razón de su larga duración habitual, de la claridad e intensidad de sus síntomas y, sobre todo, en razón de la certidumbre que da el hemocultivo para apreciar la acción real del tratamiento.

Así resumíamos los resultados observados: «En ciertos enfermos, entrados al hospital al octavo o al décimo día de una fiebre tifoidea severa, contraloreada por el sero-diagnóstico y el hemocultivo, la inyección de suero produjo, en veinte y cuatro a treinta y seis horas, el descenso de la temperatura y la desaparición de todos los fenómenos mórbidos. Pero

semejantes hechos fueron, para nosotros, excepcionales; en la mayoría de los tíficos, el choc determinó sólo una regresión momentánea del proceso tifoide, con *desaparición inmediata y, a veces definitiva de la bacteriemia*. En otros muchos finalmente, los chocs, aún repetidos, no tuvieron efecto». Después de nuestras primeras investigaciones, hemos tratado por el mismo procedimiento, nuevos casos de fiebre tifoidea con resultados análogos.

En los enfermos beneficiados por el choc terapéutico, la cura se obtiene con una rapidez desconocida para toda medicación. El choc manifiesta entonces una acción literalmente abortiva: en algunas horas detiene la evolución de la fiebre tifoidea, hace desaparecer los bacilos de la sangre, y da a la enfermedad el fin repentino de una crisis de neumonía.

Pero, frente a los éxitos así obtenidos, el método presenta incertidumbres que es indispensable conocer. Por una parte, los resultados terapéuticos del choc son imposibles de prever: tal enfermo cura, mientras que en otro un choc idéntico no tiene efecto o produce sólo un éxito incierto. Por otra parte, el médico no domina las reacciones de choc que provoca: éstas pueden revestir, a veces, una violencia impresionante.

Ante esta imposibilidad de conocer de antemano, la intensidad del choc provocado, renunciamos, desde entonces, a utilizar el sistema en una enfermedad como la fiebre tifoidea, en que el estado frecuentemente precario del miocardio pudiera producir un colapso peligroso.

Después de nuestras primeras investigaciones, el tratamiento de las enfermedades infecciosas por el choc proteico ha tomado una extensión considerable. Ha sido aplicado a gran número de infecciones, por medio de las más diversas sustancias. Algunos autores, empleando de nuevo nuestro procedimiento inicial de autosueroterapia, recurrieron a la inyección intravenosa de las *albúminas de la sangre*. Unos, como Moutier y Grigaut, como Lesné, Brédin y Saint Girons, utilizaron, contra la gripe y algunos otros estados infecciosos, el *plasma humano* o el *autoplasma citratado*; otros, como Boidin, Bertheaux y Beyrand, obtuvieron la cura de una septicemia indeterminada, por la producción de un choc dramático, a consecuencia de la inyección intravenosa de *sangre humana total*.

Una de las sustancias más empleadas para producir el choc, es la *peptona*. Introducida bajo la piel, no produce

choc apreciable, sino sólo una ligera crisis hemoclásica; introducida en la circulación general, basta para desencadenar un choc de los más típicos. A M. Nolf se debe esta nueva utilización de la peptona. Después de haber demostrado, en 1916, el papel anti-infeccioso de las inyecciones intravenosas de peptona en varios casos de septicemias quirúrgicas, este autor dió a conocer, al año siguiente, el resumen de sus investigaciones sobre el tratamiento de la fiebre tifoidea por ese procedimiento.

Las conclusiones fueron idénticas a las que nosotros habíamos formulado en 1913 para las inyecciones de autosuero: establecía la eficacia indiscutible de las inoculaciones intravenosas heterogéneas, sobre la marcha de la enfermedad, observaba, como nosotros, la desaparición de la bacteriemia, y deducía la banalidad del modo de acción de las sustancias utilizadas.

El mismo año, Potel dió a conocer un caso de curación de septicopiemia a streptococos por las inyecciones intravenosas de peptona. Scully, Jobling, en colaboración con Bull, Petersen, Eggs-tein, Duklin, aplicaron este mismo tratamiento a las artritis infecciosas, reumatismales y blenorragias. Otros autores utilizaron la inyección de *proteínas microbianas* para producir el choc. Desde 1914, MM. Pierre Delbet y Beauvy han preconizado, en efecto, en el tratamiento de las infecciones quirúrgicas locales, la inyección subcutánea o intramuscular de dosis fortísimas de una vacuna compuesta de stafilococos, de streptococos y de bacilos piocianicos, atenuados sucesivamente por envejecimiento y por calefacción a 62°. Las numerosas observaciones de todas procedencias, y, en particular, las publicadas recientemente en la Sociedad de Cirujía por MM. Robineau, Hartmann, Auvray, Lenormant, demuestran los beneficios producidos por estas inyecciones; ellas son capaces, en ciertos casos, de detener muy rápidamente el desarrollo de infecciones piogénicas graves y, sobre todo, el de los antrax, de los flemones y de las osteomielitis. Semejante vacuna produce probablemente dos efectos terapéuticos, que M. Delbet distinguió cuidadosamente ya en su primera comunicación. A la reacción tardía y de orden vacunal, debida a la naturaleza especial de los gérmenes que entran en la composición de la vacuna, se agrega una reacción inmediata, «que no puede atribuirse a una verdadera vacunación», y que M. Delbet, relacionándola con los fenómenos de choc que habíamos estudiado anteriormente, atribuye a una «crisis del orden de las clasias».

Para producir regularmente el choc proteico por vía subcutánea o intramuscular, por medio de cuerpos microbianos, es necesario inyectar grandes cantidades; sin embargo, con dosis débiles, el choc puede también observarse. Se le ve sobrevenir, así como lo hemos demostrado, a consecuencia de la inyección subcutánea de pequeñas cantidades de bacilos de Eberth que se utiliza en la vacunación antitífica. Sin embargo, su aparición, en esos casos, es excepcional. Por lo contrario, inyectadas en plena circulación, por vía intravenosa, las proteínas bacterianas, aún en pequeñas dosis, determinan constantemente un choc de los más claros. Así, comprendemos por qué la mayoría de los autores han recurrido a la inyección intravenosa.

En 1915, Ludke, inyectando en las venas de tíficos una vacuna eberthiana, esterilizada y adicionada de peptona, comprobó que la inyección es, en ciertos casos, capaz de detener la marcha de la enfermedad. En 1917, Miller, por el mismo procedimiento, obtuvo, en el 40 por ciento de los casos, resultados idénticos; Culver el mismo año, trató las diversas complicaciones de la blenorragia, por la inyección intravenosa de vacunas gonocócicas y colibacilares, adicionadas de peptona. Por su parte, Mauté utilizó en la fiebre tifoidea, las inyecciones intravenosas de un germen saprofítico banal, el *bacillus roseus* del agua, y obtuvo, igualmente, resultados curativos incontantes pero innegables. En 1919, Cowie y H. Calhoun, utilizaban la inyección intravenosa de vacuna eberthiana, en el tratamiento del reumatismo articular y de diversas infecciones; Cowie y Beaven, así como Wells, emplearon la misma vacuna en la neumonía gripal; Roberts y Cary tratan esta neumonía por la inyección intravenosa de una vacuna compuesta de neumococos, streptococos, stafilococos y bacilos de Pfeiffer.

En la vacunoterapia de las infecciones, tal como la practicada en la fiebre tifoidea, por medio de cultivos muertos de bacilos de Eberth, ciertos éxitos inmediatos, atribuidos a la acción específica de la vacuna, revelan en realidad, la reacción banal de choc proteico que puede provocar toda proteína microbiana. El empleo de una vacuna específica ofrece, sin embargo, la ventaja innegable de que a esta acción primitiva, cuyo efecto terapéutico, como hemos visto, es aleatorio, puede agregarse una acción vacunal secundaria producida en el organismo por la introducción del antígeno responsable de la enfermedad.

Igualmente, no hay duda de que esta

SANATORIO QUIRÚRGICO

DE LOS DRES.

Manuel B. Nieto

Y

Héctor Antunez Saravia

— 8 DE OCTUBRE, 2306 —

Sanatorio Modelo

DE LOS DOCTORES

Blanco Acevedo, Mañé y Rossi

Cirugía general

Cirugía de señoras

Rayos X

Laboratorio

1109, BOULEVARD ARTIGAS ESQ. MALDONADO

doble acción se encuentra también en el mecanismo de ciertas curas inmediatas, obtenidas por la inyección en las venas, de *sueros antitoxicos* específicos. En una observación como la referida recientemente por MM. Dufour, Semelaigne y Ranvier, en la que los accidentes de gangrena pulmonar cedieron bruscamente a la inyección intravenosa de suero antigangrenoso, no podemos dejar de pensar que el *choc dramático* provocado por esta inyección, desempeñó un papel importante, añadiendo su acción inmediata a los efectos más lentos de la seroterapia específica.

Es al *choc proteico* determinado por la inyección intravenosa de suero antimeningocócico que M. A. Dufourt (de Lyon), atribuyó la cura inmediata de un caso de meningitis cerebro-espinal. Este autor propone dar el nombre de *coloidoclasoterapia* que expresa, en efecto, muy exactamente su modo de acción, al método de tratamiento que acabamos de estudiar. Considera, con razón, que es «una medicación de excepción a la cual no se deberá recurrir sino con toda conciencia». Recientemente, MM. Arloin, Dufourt y Langeron, (de Lyon) aportaron la confirmación experimental de la influencia curativa del *choc anafiláctico* que había revelado la clínica. Por ingeniosas investigaciones proseguidas en los cobayos infectados con el bacilo pio-ciánico, establecieron que un *choc seroanafiláctico* podía procurar la cura de la enfermedad, destruir los gérmenes en la sangre, y permitir al animal, adquirir la inmunidad, frente al microbio infectante.

En lugar de producir el *choc proteico*, como en los ejemplos precedentes, por medio de la peptona o de cuerpos microbianos, ciertos autores han recurrido a la *leche*. Inyectada por vía subcutánea o intramuscular, a la dosis de 20 a 40 c. c. la leche provoca, bastante frecuentemente un *choc proteico* acompañado, como hemos podido comprobar, por una crisis hemoclásica evidente aunque atenuada. Las inyecciones de leche, preconizadas por Schmidt, en 1916, han sido utilizadas en la fiebre tifoidea por este autor y por Muller; en el tifus exantemático, por Saxl; en las complicaciones generales de la blenorragia, por Weiss y por Muller; en la gripe, por Thiroloix y por Joltrain. Todos estos autores han referido cierto número de curas por efecto de estas inyecciones.

En fin, no hay duda de que hay que atribuir igualmente al tratamiento por el *choc* los resultados a veces indiscutibles producidos en ciertos infectados por la inyección intravenosa de metales *coloidales*, tales como colargol, electrargol,

lantol u oro coloidal. La reacción consecutiva a esta inyección es un ejemplo de *choc* de los más típicos; va acompañada como hemos podido comprobar, por una crisis hemoclásica intensa y, como todos los fenómenos de *choc*, puede ser atenuada y hasta evitada por la *skeptofilaxia*. Aquí, además, la acción antiséptica vendría a agregarse a la del *choc* banal que determina la inyección de la solución coloidal.

Es indiscutible que el proceso realizado en todos los casos que acabamos de pasar en revista es idéntico, y que este proceso es el *choc coloidoclásico*. Cualquiera que sean las sustancias utilizadas: metal coloidal, vacuna bacteriana, peptona, leche, suero o plasma humano, se trata siempre de sustancias extrañas, introducidas bruscamente en el organismo por vía paraentérica. La reacción provocada es siempre la misma, es el *choc*, con su traducción clínica habitual en el hombre, el acceso febril y su crisis vasculo-sanguínea premonitória. La naturaleza de los cuerpos inyectados interesa poco: pueden ser empleados todos a condición de que ellos determinen el *choc*. Las proteínas no son, según hemos sido nosotros los primeros en demostrarlo, las únicas sustancias capaces de producirlo; soluciones salinas pueden producir el mismo efecto. Audain y Masmontiel obtuvieron, con la inyección intravenosa de soluciones hipertónicas de glucosa, los mismos resultados que otros habían obtenido con la peptona o las proteínas microbianas.

Es en esto que este método terapéutico difiere de todos los utilizados hasta ahora en las enfermedades infecciosas; es por esto que se le opone a las medicaciones específicas, sueroterápicas, o antisépticas: ya no es la sustancia inyectada la que realmente cura, sino el *choc* que provoca su inyección.

¿Por qué mecanismo puede llegar el *choc coloidoclásico* así provocado, a triunfar en algunas horas de una enfermedad como la fiebre tifoidea, y a hacer desaparecer, como lo hemos establecido, los microbios de la circulación general? En la hora actual, sólo se puede formular hipótesis al respecto. Para la mayoría de los autores, el resultado debe atribuirse, sea a una exageración repentina del poder fagocitario de los leucocitos, sea a la liberación de una gran cantidad de fermentos líticos o de anticuerpos, cuya producción aumentaría por la inyección de la albúmina heterogénea. Se puede pensar igualmente que la desaparición de la septicemia resulta de las condiciones físicas nuevas en que se encuentran las bacterias, frente al medio plasmático en que están su-

mergidas, y cuyo equilibrio queda transformado súbitamente por el *choc*. Las investigaciones experimentales de J. Govaert sobre el mecanismo de las septicemias, demuestran que la presencia o la ausencia de microbios en la sangre depende de las reacciones físicas de contacto que se producen entre estos microbios y los coloides del plasma por un lado, y los elementos figurados de la sangre y, especialmente, las plaquetas por otro. La inyección del suero específico, en animales atacados de septicemia neumocócica, determina inmediatamente la reunión de las plaquetas y la aglutinación de los gérmenes circulantes a estos elementos de la sangre; al mismo tiempo, se producen la leucopenia y la desaparición de los hematoblastos que, huyendo de la circulación general, se refugian en las redes capilares de las vísceras, donde los microbios que ellos han «adsorbido» son sometidos a una fagocitosis intensa. No se puede menos, como lo hace notar Govaerts, que rela-

cionar con estos hechos la comprobación de la leucopenia repentina y de la desaparición de las plaquetas, que caracteriza a la crisis hemoclásica característica de todo *choc*, y que pensar que es, sin duda, por intermedio de este proceso puramente físico de adhesión entre los microbios, por una parte y los hematoblastos o ciertos constituyentes coloidales del plasma, por otra, que el *choc* provocado ejerce—en su iniciación por lo menos—su acción curativa. Los hechos tan sugestivos aportados por Govaerts dan una base experimental a la hipótesis que habíamos formulado en 1913, al ver en los resultados terapéuticos del *choc* provocado en el curso de las inyecciones, los efectos «de un feliz encuentro entre coloides».

Tal es este método singular que busca en el *choc* la cura de las enfermedades infecciosas, y puede hacer surgir una crisis saludable de esta perturbación repentina de todo el equilibrio coloidal.

Los Laboratorios de Análisis

En el H. Maciel

Vamos a insistir ahora sobre las serias deficiencias que frecuentemente se constatan en los laboratorios del H. Maciel respecto a los análisis que en ellos se realizan. Es un hecho práctico perfectamente verificado que los resultados que arrojan análisis de idéntica índole efectuados en diversos laboratorios de las Clínicas, y aún en el Central, no concuerdan sino por rara casualidad. Todos los profesores y todos los estudiantes han tenido oportunidad de comprobar cuanto dejamos dicho. No existe—dentro de ese medio hospitalario—quien no haya experimentado la desagradable sorpresa de que una orina o un líquido céfalo-raquídeo examinados en dos laboratorios hayan dado, a los diferentes investigadores, resultados distintos cuando no opuestos. Que en un boletín de análisis figure como existente 1 gr. 50 de albúmina mientras en otro sólo se señalen indicios; que un examen de sangre arroje para unos 8000 leucocitos y para otros sólo 3500; que en una investigación de urea sanguínea alguien halle 0 gr. 70 y otro solo encuentre 0 gr. 35, es corriente y casi dirtamos que es lo normal.

Y bien, no es necesario detenerse en largas explicaciones para demostrar todo lo perjudicial que esto resulta en la práctica. Por lo pronto, estos hechos indican bien claramente que las investigaciones distan mucho de ser exactas y cuidadosamente realizadas, como es deber ineludible y categórica obligación moral de los laboratoristas: así lo dicen terminantemente esos resultados distintos de análisis efectuados en idénticas condiciones.

Y considerando que, día a día, la influencia del laboratorio en la clínica es

mayor, y teniendo en cuenta que los resultados de esos exámenes son muchas veces decisiones—y siempre factores fundamentales del diagnóstico y por lo tanto de la terapéutica—para el enfermo, creemos que es un deber de todos contribuir a que tales deficiencias se corrijan y desaparezcan para siempre.

Ellas no contribuirán sino a desacreditar nuestros hospitales y es precisamente contra ese descredito que todos debemos luchar infatigablemente con todas nuestras energías morales: esto en cuanto a los pacientes que buscan en ellos la cura de sus males. Y en cuanto a la enseñanza, demás está decir que ella se ve seriamente perjudicada por esos errores, groseros a veces y siempre lamentables, que dejan perplejo al profesor frente a sus alumnos, que equivocan, o entorpecen por lo menos, el diagnóstico y falsean desde luego la medicación.

Así, pues, debe buscarse radical y rápido remedio a estas deficiencias que señalamos con absoluta veracidad, sin ánimo de agravio pero sí con la valentía espiritual que acusaciones de esta índole necesitan para ser planteadas claramente y sin reticencias ni ambajes. Así lo exige la garantía que es obligación moral ofrecer a quienes solicitan, de otros más afortunados, la atención y el cuidado que ellos mismos, por sus propias fuerzas, no pueben procurarse; para quienes entregan su vida en manos que ellos creen honradas; para quienes dan su cuerpo quebrantado y piden remedio a sus padecimientos, confiados en absoluto a la honestidad de los profesionales y el sentimiento de responsabilidad que éstos deben poseer para ser dignos de su título académico.





En Cuestión de Óptica

LO MEJOR Y LO

MAS MODERNO

CASA

Pablo Ferrando

675 - Sarandí - 681

Las desgracias de Mu-ñhe-ka

(Cuento Chino)

Cuando nació Mu-ñhe-ka todo el Imperio se entregó a la más chinesca y bulliciosa de las alegrías. Su padre, el Emperador, lleno de reconocimiento hacia los dioses que habían oído esta vez los fervientes ruegos de su mujer la china Ki-kó y los suyos propios, mandó que se quemasen en las puertas del palacio hasta una docena de gruesas de cohetes de la India y que se adornaran las calles y plazas con ciertos farolitos de papel en forma de acordeón pintados con los más diversos y pintorescos colores. No conforme aún su Majestad chinesca, con tan dispendiosos festejos, ordenó a sus cortesanos que cortaran la trenza a medio millón de súbditos—número que en el país se consideró muy moderado—con el objeto de grabar en el espíritu de su pueblo aquel sonado acontecimiento. Este mandato fué cumplido al pie de la letra, pues si bien algunos habitantes se opusieron a que se les cortara el susodicho apéndice, todo se solucionó perfectamente — y en todo de acuerdo con la cirugía radical de nuestros días — efectuándoles la resección típica del apéndice llamado cefálico y que está íntimamente pegado a la raíz de tan preciada coleta. Así pues “entre sonrisas y besos y flores” como diría un poeta una punta de siglos después, ocurrió el natalicio de Mu-ñhe-ka, llamado por unos el Prudente y por otros el Sabio, y de muchas otras maneras aún; porque como después se verá,

nunca fué posible desentrañar la suprema virtud que lo hizo tan prestigioso, aunque todos sus contemporáneos estuvieron siempre de acuerdo sobre su indiscutible superioridad.

Llegado a la edad de la reflexión, nuestro buen príncipe pudo enterarse de las infinitas esperanzas que en él se habían puesto y si bien después de larga introspección no pudo encontrar en sí mismo ni el más remoto indicio que pudiese augurar su grandioso porvenir, empezó por obedecer a la tradición y se dedicó al estudio de los clásicos. En pocas semanas se había leído ya los formidables cinco tomos de los King, escritos por Confucio, y que a decir verdad le parecían a nuestro hombre de lo más confusos. Decidió abandonar los libros de doctrina y se dedicó a la historia. Luego la emprendió con las matemáticas, y así se pasó de cabo a rabo todas las ciencias humanas y divinas, sin que por ello se encontrase con fuerzas suficientes para la superior misión, que en opinión de todos, debía cumplir en este mundo. Sin embargo, su fama crecía. Al rededor de su persona se iba levantando esa luminosa neblina legendaria, que a la vez oculta y magnifica a los seres elegidos. Las cosas iban bien—sin duda alguna. Pero debemos reconocer que en este momento crítico de su historia, — como diría cualquier histo-

riografo psicologo y perspicaz — un óptico de la imperial familia que recetó a nuestro hombre unas antiparras descomunales — maduró la obra que habían preparado el estudio y un poquito de lo que nosotros llamamos “potra” empleando una palabra árabe.

Fué entonces cuando Mu-ñhe-ka creyó llegado el momento de retirarse al desierto como lo habían hecho hasta entonces, y lo han continuado haciendo, la mayoría de los profetas de alguna significación. Partió de la capital del reino, descalzo y con un atadito de ropa bajo el brazo, siguiendo también en esto de la ropa la tradición, pues nunca los ascetas han sido partidarios de la fea costumbre de cambiarse las vestimentas, siquiera fuese una vez por semana. Frente a la Naturaleza, a solas consigo mismo, asaltó su cerebro una idea genial.

Después de este momento—claro que esto debe ser considerado como hipérbolo—toda su obra posterior muestra una decadencia innegable. Esta idea fué la de dejarse crecer la pera. Si tuviésemos la imaginación de un cronista norteamericano, podríamos maravillar a nuestros lectores haciendo bonitos juegos numéricos, calculando las equivalencias de esta idea sublime, en el terreno más chato pero más utilitario de nuestras materialidades cotidianas. Como no la tenemos, nos resignamos con guardar un silencio respetuoso y emocionado

Pasados algunos años se anunció el retorno del héroe. Y efectivamente el día menos pensado se le vió aparecer. Su aspecto era imponente. Estaba calvo, miraba con ojos estáticos al través de sus formidables antiparras y ¡oh! maravilla! en el mentón tenía un montoncito de pelos que terminaban en punta como un pincel y daban al rostro del peregrino una serenidad admirable. Desde entonces fué el ídolo de la multitud. Se le consultaba sobre la existencia de Dios y sobre el modo de sacar manchas de los paños de lana. Su sapiencia era infinita. Ocupó los puestos más diversos en la administración y en la enseñanza. Si bien su sabiduría era grande, no menor eran su astucia y su prudencia. Cuando llegaba el tiempo de las elecciones, enviaba tarjetitas a las provincias más remotas del imperio, para alentar a sus electores y mantener siempre encendido el fuego sagrado. «Pero no hay bien que dure cien años» como dice el adagio. Fué por entonces que dieron comienzo las desgracias y desazones de Mu-ñhe-ka.

La princesa Kanta-Klaro, hija de un rey de la vecindad del imperio de su padre, estuvo de paso por la capital, y dió la casualidad que Mu-ñhe-ka la viera, quedando en el instante locamente enamorado de ella. Expuestos sus amorosos propósitos, la altiva princesa le contestó que quería poner a prueba sus extraordinarios merecimientos y para ello le dió cita en su palacio una noche. El desdichado héroe acudió a la cita y una vez allí fué afablemente recibido por la princesa, la que con la mayor habilidad le retuvo toda la noche obteniendo que se quitara las antiparras y demás atributos que rodeaban habitualmente a su persona y hasta consiguió con llantos y jimeos que le permitiera cortar la pera, porque, según ella decía, esto le afeaba.

Llegada la mañana, la traicionera dama, llamó al pueblo por medio de heraldos y obligó a Mu-ñhe-ka a presentarse ante sus fieles en las condiciones más deplorables.

Lo que ocurrió entonces, nuestra pluma se resiste a contarlo. Solo diremos que el príncipe huyó al desierto perseguido por la más páfida y soez de las burlas, ignorándose hasta el presente que fué de su vida después de aquel nefasto día.

Como verá el lector, este desdichado final de nuestra historia encierra una honda y dolorosa filosofía. Considerando que la claridad con que se desprende la moraleja nos exime de toda explicación nos limitaremos a decir como en el Evangelio: «Quien pueda entender, entienda».

La palabra divina

Cuando ya la Comisión de Instrucción Pública del Senado había informado favorablemente el proyecto del Dr. Naranjo que concede un nuevo delegado de los estudiantes ante los Consejos Directivos—y que acepta que ese nuevo delegado pueda serlo un alumno de los años superiores—aquel Cuerpo resuelve solicitar la *opinión autorizada* de los Señores Consejeros.

Y esto entraña una injusticia evidente en su unilateralidad. Aceptemos que los Consejos tengan derecho a ser oídos en la solución de un problema que les atañe directamente. Pero ¿por qué no se oye, también, a los estudiantes perfectamente organizados en asociaciones serias cuyo pensamiento desean conocer aún las mismas autoridades universitarias?

Allí radica la sin razón de lo determinado por la Cámara alta. Si los Consejos son consultados, los Centros estudiantiles deben serlo también, ya que el proyecto en debate afecta por igual a las autoridades y a los alumnos, ya que directores y dirigidos van a ser igualmente beneficiados o perjudicados con la decisión de nuestros Representantes.

Y, sobre todo, había un singular interés en contraponer ambas tendencias ideológicas tal cual — anticipadamente podemos afirmarlo—ellas se manifestarán. Una, reaccionaria, quietista, conservadora, oponiéndose a toda innovación y por lo tanto a esta que concede a los estudiantes un nuevo delegado en el seno de los Consejos Directivos. La otra, avanzada, esencialmente renovadora que prestará su concurso vigoroso a la cristalización de esta idea de índole moderna y progresista. Y si lo que se deseaba era hacer intervenir elementos nuevos de razón y de justicia en la solución de este problema, lo verdaderamente lógico era escuchar a unos y otros, sin distinciones falsas y arbitrarias, sin exclusiones que perjudicaran a uno de los factores para favorecer a otro. La fórmula por nosotros propuesta hubiera realizado el ideal de equidad y hubiera, en la práctica, aclarado en forma verdaderamente útil esta cuestión.

Pero no. Se ha hecho excepción de honor con los Consejos teniendo para ellos la deferencia que reclamaban sus virtudes, su sabiduría, su experiencia... Se ha creído en su infalibilidad y por lo tanto se ha ido hasta ellos para recabar su autorización. Ahora tendrá el H. Senado la palabra divina. Ahora hablarán, tras largo meditar, fecundo y creador, los elegidos, los inspirados, los que recibieron de Dios la llama de la suprema sapiencia. Ahora se aclarará, como por hechizo de magia, el oscuro problema que siempre hubiera tenido reconditeces misteriosas si hubiera faltado la luz que viene de los ungidos por la gracia inmortal...

Y, entre tanto, los estudiantes *contemplan* los acontecimientos.

Reorganización de los Concursos

Reportaje al Dr. José Martirené

Cerramos la serie de reportajes que realizáramos en este año, con este que damos ahora. Habla en él, el Dr. José Martirené, director de la A. P. N., distinguido facultativo que al frente de tan alta institución supo probar una vez más todavía, cuanto vale por sus condiciones de laboriosidad y de inteligencia. Su gestión eminentemente moderna y renovadora, ha conducido a la A. P. a un extraordinario progreso que todos reconocen sin reparos de ninguna especie.

He aquí, en síntesis, lo que nos expresara el Dr. Martirené.

—¿Cree necesario Dr. proceder a la reorganización de los Concursos?

—No lo creo, en cuanto se refiere a modificaciones fundamentales. Sólo habría que reformar algunas cuestiones secundarias. La parte sustancial de la reglamentación vigente hoy en día, me parece acertada y sabia, de modo que las líneas generales están bien trazadas y no requieren modificaciones: habría sí, pequeños detalles dentro del conjunto que, acaso, valiera la pena modificar.

—¿Qué puede decirnos Dr. de los temas o sea de la segunda parte del Concurso?

—Es menester, en mi opinión, que haya una lista de temas clásicos y la que actualmente existe proporciona a los aspirantes muchas probabilidades de éxito en su labor futura. Bien es cierto que ella es muy inferior, mucho menos completa que la que rige en París para el concurso del externado, pero creo que ella *marca rumbos* generales de primer orden. Así pues, yo propondría estudiarla prolijamente y ampliarla, ampliarla mucho, añadiendo un número de temas dos o tres veces mayor que los actuales. Sin embargo, a pesar de estas consideraciones, creo que el Jurado debiera tener plena libertad de acción para elegir temas fuera de la lista, teniendo en cuenta que los que integran los tribunales son médicos de la A. P. y profesores de la Facultad de Medicina, cuyas tendencias son siempre en el sentido de facilitar el éxito de los concursantes.

—¿Dejaría persistir la prueba tercera, es decir, la de la ligadura, Dr.?

—No, yo sería radical. Creo que esa prueba habría que suprimirla por lo que ella tiene de azarosa y de insegura: es una prueba enteramente artificial. Frecuentemente se da el caso de estudiantes muy bien preparados, que en las pruebas anteriores han alcanzado altas clasificaciones, y que fracasan en la prueba de la ligadura por circunstancias independientes en absoluto de su preparación científica y técnica. En ella, en efecto, intervienen factores emocionales que desvirtúan la prueba en su esencia misma y la hacen arbitraria y falsa.

—¿Es partidario, Dr. del desarrollo oral o escrito de las diversas partes del concurso?

—Creo que las cosas deben quedar como están en la actualidad. Se hace argumento, en pro de las pruebas escritas, de la nerviosidad e inquietud de algunos estudiantes frente al tribunal que ha de examinarlos, y se dice que la timidez o, por el contrario, la desenvoltura, son fenómenos temperamentales que desnaturalizan las pruebas porque ellos son siempre de un linaje secundario. Pues bien, yo creo que lo mismo puede decirse de la prueba por escrito: hay es-

tudiantes, es cierto, que se expresan oralmente mal, con poca soltura, intimidados por la presencia del jurado y que, en cambio, escriben correctamente. Pero también hay quienes hablan con facilidad y que, por lo contrario, escriben con muchas dificultades, y en este caso, muy frecuente, por lo demás, sería injusticia evidente, someterlos a pruebas escritas para las cuales se hallan en clarísima inferioridad de condiciones. Me parece mejor el sistema actual que es mixto, vale decir, con una prueba escrita y otra oral, con lo cual se consigue, en la práctica, compensar las diversas aptitudes de los aspirantes.

—¿Cree, Dr. en la necesidad de fecha fija y determinada para la realización del Concurso?

—Sí. Creo que el Concurso debe llevarse a cabo en una fecha fija y determinada con suficiente anterioridad. Así el estudiante podrá hacer sus cálculos y tomar sus medidas contemplando sus intereses más diversos. Hay que tener bien en cuenta que el futuro concursante ha de rendir exámenes—en la mayoría de las ocasiones—en el período complementario de Marzo o Abril y que no es conveniente ni lógico entorpecer la marcha regular de sus estudios fijando la realización del concurso en una época de intensa labor para el alumno que finaliza, en esos instantes, su preparación de examen. Por otra parte, esos entorpecimientos solo redundarían en perjuicio directo del Concurso, pues alejarían de él a estudiantes bien preparados y, precisamente, es el interés de la A. P. y de la Facultad, obtener el mayor número de aspirantes en esas condiciones: así la selección que se verifique arrojará un número grande de alumnos dotados de la más amplia preparación.

—¿Cree, Dr. en la bondad de la orientación hacia la urgencia?

—No. El concurso debe servir para proporcionar a los médicos-jefes de Servicios hospitalarios, ayudantes con la mayor instrucción médica posible y también para seleccionar los que mayores aptitudes tengan para desempeñar, en el futuro, cargos técnicos en los hospitales de la A. P. Es evidente, pues, que el rumbo a imprimirse a los Concursos debe atender principalmente a una amplia y razonada preparación del concursante, en todo sentido, y que lo habilite para actuar con éxito en las Salas, como interno, y luego, más tarde, en las dependencias hospitalarias de la A. P. Pero es claro que la instrucción técnica y científica, en cuestiones de urgencia, debe ser también esmerada pues así lo exige el trabajo del alumno en las guardias tanto de la Puerta como del Servicio de Urgencia. Así, pues, diré que el concursante ha de colaborar eficientemente con el médico-jefe en las cuestiones de las Salas, pues de su actuación depende la buena o mala asistencia de los enfermos, así como el grado de aprovechamiento experimental y clínico del material de estudio, cosa que en nuestros hospitales se halla aún en estado embrionario. Entre tanto los médicos-jefes de servicio no posean a su lado practicantes internos bien preparados, no habrá buena asistencia, ni ciencia médica nacional, y hasta diría que no habrá ilustrados médicos-jefes de servicio.

—¿Qué constitución daría, Dr. al tribunal del Concurso?

—Considero que debe modificarse la constitución actual. En mi concepto la presidencia hasta hoy ejercida por el Decano de la Facultad de Medicina, entraña positivos inconvenientes. Yo he actuado en varios jurados, y he observado el ascendiente moral indiscutible que dicha autoridad universitaria puede ejercer, si así lo desea; y también he constatado el «espíritu de cuerpo» mantenido entre el Decano presidente y los profesores que integran el jurado, lo que hace que conserven el dominio en las decisiones y determinaciones del Tribunal. Creo que el jurado debieran formarlo médicos y cirujanos de los hospitales de la A. P. y entre los cuales, conviene decirlo, hay muchos que son, al mismo tiempo, profesores de la Facultad.

—¿Qué puede decirnos, Dr. de la organización del Externato?

—Sostengo—y nadie puede afirmar lo contrario—que la institución del Externato es absolutamente indispensable si se quiere que el interno pueda ejercer sus funciones, ya logrado el puesto, con la corrección y capacidad deseadas, desde el primer momento de su designación. Actualmente sucede, y con relativa frecuencia, que entre los mejores concursantes se hallen elementos perfectamente preparados, desde el punto de vista teórico, pero sin práctica hospitalaria alguna. Así, pues, yo creo que debería establecerse primeramente, y como paso previo al concurso de Internado, el concurso del Externado: y, desde luego, sería condición sine qua non para poder presentarse al primero de dichos concursos, haber sido aprobado en el segundo.

—¿Qué importancia le concede, Dr. al Internado?

—Ejercer el internado es ejercitarse en todo lo que es imprescindible para llegar a ser un médico instruido, práctico, positivo. Además, es realizar el primer paso hacia la conquista de los puestos de la A. P. y debiera serlo también para alcanzar los cargos dentro de la Facultad de Medicina. *Es en el servicio de las salas y en las guardias de los hospitales donde el corazón y la conciencia del hombre se hacen corazón y conciencia de médico.* Hay que cuidar enfermos, compartir sus dolores y sus miserias, tener una participación en su cura—sea cual fuere su grado—para sensibilizarse a las satisfacciones que procura la realización del bien, para reflexionar, apreciándolo, sobre el tesoro de afectos que representan las vidas entregadas al médico sin otra garantía que la de su título que, para todos, es símbolo de abnegación, de ciencia, de moralidad. *Es este concepto el que hay que mantener con procedimientos que acuerden esa tríada que fundamenta el ejercicio profesional con los privilegios que se le conceden.* Hay que prestar a los enfermos una asistencia generosa, en forma de verdadero apostolado, y salvadora hasta donde lo permitan los conocimientos de la ciencia médica. Y bien, el internado responde, como ningún otro medio, a esas dos finalidades: llegar a la formación de una personalidad científica segura y clara, aprender directa y hondamente lo que el contacto con la desgracia humana nos enseña todos los días.

—¿Que influencia le concedería, Dr. a la escolaridad en la adjudicación de clasificaciones?

—Ninguna o muy escasa. Salvo en casos de empate la acepto, y aún si creo que primero debe recurrirse a la antigüedad pues, por regla general, y es lógico suponer que el estudiante de años superiores posee mayor caudal de conocimientos, prácticos sobre todo. Solo cuando aún en la antigüedad quedara planteado todavía el empate se recurriría a la escolaridad.

—¿Cómo se daría, Dr. testimonio de imparcialidad en la decisión del Jurado?

—Creo que debe admitirse que el fallo del tribunal es imparcial y que no debe admitir ni discusión ni apelación. Considero que si se temen fallos viciados por influencias, ningún procedimiento podría evitarlo: aquí habría que acogerse a la sabiduría de nuestro refrán: «hecha la ley, hecha la trampa». Sobre todo, creo que debe pensarse siempre bien del Jurado, y considerar que sus fallos están, en todo momento, inspirados en ideas de rectitud y de justicia y que si hay equivocación ella debe atribuirse a malas interpretaciones más bien que a deseos extraños.

—Para terminar, Dr. ¿qué opina de la preparación que poseen nuestros concursantes?

—Pienso que la preparación es, en general, muy buena, especialmente desde un punto de mira teórico. Pero creo que falta en los aspirantes, casi siempre, una vista de conjunto que les haga apreciar lo fundamental, lo esencial frente a las pequeñas cuestiones o detalles sin importancia. Falta generalmente la capacidad de encarar con acierto los problemas deteniéndose en sus partes básicas y olvidando sus insignificancias. De todos modos, creo que debe procederse a una intensificación de la preparación del concursante, para habilitarlo en la forma más amplia, para el correcto ejercicio de sus funciones. Y eso se contempla en mi proyecto que presenté, hace varios años al Consejo Directivo de la A. P. y que, en lo fundamental, dice así:

Artículo 1.º La Dirección de la A. P. hará dictar conferencias que se denominarán «Conferencias de Internato» para la preparación de los estudiantes que deseen presentarse al Concurso de P. Internos.

Art. 2.º Estas conferencias tendrán lugar en los meses de Octubre, Noviembre, Diciembre y Enero de cada año, debiendo versar sobre las cuestiones que figuren en el programa del concurso, o que, por su importancia, puedan ser temas en esta prueba.

Art. 4.º Las conferencias se realizarán en uno de los anfiteatros dedicados a las lecciones clínicas del H. Maciel debiendo realizarse, por lo menos, una por semana.

Art. 5.º Para dictar estas conferencias se designarán, dos personas que deberán ser médicos titulados o revalidados en el país o practicantes titulares de tres o más años de tales en ejercicio. Estos nombramientos los hará el Consejo de la A. P. en Julio de cada año.

Art. 6.º Los nombramientos serán por un período de Conferencias y los designados cesarán en sus funciones al terminar las conferencias, pudiendo ser reelectos.

Agradecemos al Dr. Martirené sus interesantes manifestaciones, que publicamos ahora, seguros del interés con que las acogerán nuestros lectores.

LIBROS DE MEDICINA

LEJARS — Chirurgie d'urgence, 2 vol. 1921.
 MARION — Technique chirurgicale, 2 vol., 1921.
 VAQUEZ — Maladies du coeur, 1921.
 LYON — Consultation pour les voies digestives, 1920.
 COURMONT — Précis d'Hygiène, 1921.
 HYVERT — Traitements nouveaux, 1921.
 HERZEN — Guide-formulaire de thérapeutique, 1921.
 ROSELLO — Tratado de terapéutica, 2 tomos, 4 fas.
 LEPRINCE ET LECOQ — Guide pratique d'Analyse alimentaire, 1921.
 CERBELAU — Formulaire de pharmacie et parfumerie.
 MANQUAT — Thérapeutique, 4 vol.

LABBE — Diabete sucré, 1921.
 LAGRANGE — Atlas d'Ophtalmologie de la guerre.
 MACE — Traité de Bacteriologie, 2 vol.
 MACKENZIE — Maladies du Coeur, 1920.
 LANGERON — Précis de Microscopie, 1921.
 PRON — Maladies de l'intestin, 1921.
 MORAX — Précis d'Ophtalmologie, 1921.
 GLEY — Les secretions internes, 1921.
 MARTINET — Diagnostic clinique, 2 vol., 1921.
 PAUCHET — La pratique chirurgicale illustrée, 2 vol., 1921.
 SHARPEY SCHAFER — Glandes a secretion interne, 1921.

LIBRERÍA DE A. MONTEVERDE y Cia. - 25 de Mayo, 499. Teléf. 240, Central

ON DIT, ON DIT

—Que EL ESTUDIANTE LIBRE muere hoy.
 —Que resucita en Marzo de 1922.
 —Que, como broche de oro, los Poetas pulsaron de nuevo la lira que les diera fama y renombre.
 —Que el agraciado esta vez es el H. Consejo Directivo.
 —Que anticipadamente, ya le decimos: *no hay de qué*.
 —Que el revuelo que nuestros últimos números causaron en el H. C. aún persiste.
 —Que todavía se oyen lamentos desgarradores, que parten el alma.
 —Que, a veces, los interrumpen imprecaciones y blasfemias.

—Que todo depende del tiempo... y de lo que perciben en lo porvenir.

—Que hay quien sostiene que *el futuro está lleno de sombras*.

—Que otros lo ven claro y despejado, y alientan a los tímidos para continuar por la misma ruta.

—Que, como los *inspirados* son mayoría, creemos que el año próximo nos guarda sorpresas sensacionales.

—Que si, acaso, estos movimientos estudiantiles no hacen torcer el rumbo, el futuro nos deparará novedades de bulto.

—Que la *menor de ellas* sería, entonces, el retorno de la *lista*.

—Que de nuevo, nuestros ojos asombrados, verían la figura de Pedro el Cruel.

—Que vestido, la alba túnica sería,

otra vez, el fantasma imponente del Hospital.

—Que Pedro el Cruel, nuevamente coronado, comenzaría su carrera.

—Que si la Restauración se verifica, volverán las ovejas a los rediles...

—Que la elección libre de profesores también sería anulada.

—Que, entonces, habría que soportar al que viniera aunque fuera un Honorario de la Facultad...

—Que esto que decimos tiene grandes probabilidades de llegar a la práctica.

—Que así lo anuncian, como avanzadas, las últimas decisiones del Consejo.

—Que además lo anuncian algunos rumorillos, leves pero significativos, que han llegado hasta nosotros.

—Que la única esperanza radica en la campaña que han realizado los estudiantes.

—Que acaso ellas lleguen a impresionar al H. C. haciéndole ver *que no es tan mansa la oveja cual la pintan*...

—Que si se arrebatan a los estudiantes los derechos adquiridos, ellos sabrán reconquistarlos.

—Que, de ello, ya están *casi* convencidos los miembros consejeriles.

—Que algunos aún tienen duda y creen que todo cabe en esta nunca bien ponderada Facultad de Medicina de Montevideo.

—Que, nos parece, que están *un poco* equivocados en esa idea.

—Que, para terminar, nosotros estamos siempre prontos: de pie y calzados ya los guantes.

—Que veremos lo que nos dice y cuenta 1921.

—Que, ... hasta el próximo año.

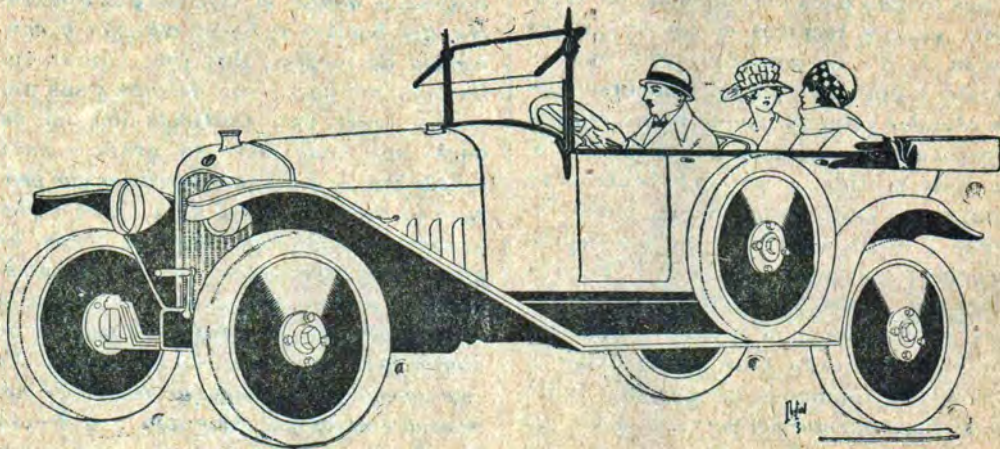
:- Oferta especial a los Señores Médicos :-

PRIMER COCHE FRANCÉS CONSTRUIDO EN GRAN SERIE

CITROËN 10 H. P.

El automóvil más económico del mundo

Estudiado para reunir junto a sus cualidades de elegancia y de confort, una gran economía de entretenimiento ::
 Consume 7 1/2 litros de nafta cada 100 kilómetros :: ::



Tenemos disponible trocha 1 mt. 42

Doble faeton, 4 asientos

\$ 1700.—

Sedan, 3 asientos » 2700.—

Coupé, 4 asientos » 2900.—

SOLICITE CATÁLOGOS Y DATOS A SUS AGENTES PARA EL URUGUAY

José J. Vallarino e Hijo

EXPOSICIÓN:

Sarandí, 429



TALLERES:

JUAN D. JACKSON, 880

El Segundo Congreso Médico Nacional

Reportaje al Dr. Bernardo Etchepare

Ya clausurado el 2.º Congreso Médico Nacional resolvimos conocer al respecto la opinión de su presidente, el distinguido alienista Dr. Bernardo Etchepare. Nadie, en efecto, mejor que nuestro respetado profesor de Psiquiatría podía informarnos acabadamente del objeto, de la orientación, del resultado de este Congreso puesto que, sabíamos, había consagrado a su realización y a su éxito todas sus vigorosas energías con el más hidalgo desinterés.

Lo abordamos y nos acogió con la amabilidad y gentileza que lo distinguen. Se presta gustoso al interrogatorio y enseguida nos expone todas sus ideas con esa admirable sencillez que es patrimonio singular de los maestros franceses. Existe un raro encanto en escucharle: sus frases brotan sugestivas y con una claridad espontánea y fresca. Indiscutiblemente nos hallamos ante un *causeur* que seduce por la transparencia de su expresión: sabe hallar la palabra justa que expresa el concepto y sabe matizar la narración con la *trouaille* espiritual que sintetiza gráficamente un pensamiento. Da vigor a sus cláusulas subrayándolas con ademanes académicos, delicados y expresivos, y hasta las inflexiones de su voz, los silencios, los breves paréntesis—en que su ánimo se reconcentra y medita—prestan extraordinario realce y color a su conversación.

Así, con la flexible facilidad del lenguaje que interpreta la agilidad de su espíritu, comienza a disertar frente a nosotros.

—¿Cuáles eran los propósitos y las finalidades que perseguía este Congreso, Dr.?

—Lo motivos de este Congreso, eran en síntesis, los motivos de todas las instituciones de su índole. Se trataba, en primer término, de propiciar y facilitar la producción científica original, *interesando a todos en la obra de todos*. Y especialmente ofrecer un serio estímulo a nuestra labor médica, a la labor nacional, a la *labor criolla*. Esta fué, en lo fundamental, la orientación que yo pretendía para el Congreso: que lo que se hiciera en el país quedara para el país, *que lo que supiera o hiciera un uruguayo lo enseñara a los uruguayos*. Claro es que, este sentimiento un poco egoísta—si se quiere—no significaba de ninguna manera encerrar dentro de nuestras fronteras, y para siempre, el trabajo personal de nuestros profesionales. No. Lo que yo deseaba era que fuese la *ciencia médica nacional*, la que se enriqueciera primero con la obra realizada dentro de fronteras: luego vendría la repercusión de ella en el extranjero en lo cual todos debíamos confiar. Mi pensamiento ha sido siempre ese: *dar el fruto de nuestro esfuerzo a nuestro país antes que a los extraños*. Así, toda mi labor original la he publicado primitivamente en el Uruguay; verdad que luego la he visto reproducida en los más diversos países, pero antes ella había visto la luz entre nosotros. Le repito, pues hallo que la expresión es gráfica y expresa bien mi concepto: *yo quería, ante todo, un Congreso criollo*.

—¿Así que, Dr. como un derivado de esa concepción del Congreso habrá intervenido mucho la ciencia médica de la campaña?

—Efectivamente. Y no podía menos de ser así pues es realmente en nuestra campaña donde la producción científica es, por esencia y naturaleza, más *regional*. Y bien podemos felicitarnos en lo que concierne a ese punto, pues fué intensa y fecunda la labor de nuestros médicos de provincia.

Los problemas de las aguas, de la habitación, de las condiciones higiénicas etc., etc. que plantea la campaña han sido estudiados, en el Congreso, con gran amplitud y podemos decir que las bases de su solución están ya arrojadas. Y es, en verdad, hermosa esta colaboración científica—y muy digna de estímulo por su generosidad—que nos llega del Interior donde todo parece confabularse contra una labor de ese linaje desinteresado y altruista.

—Y Vd. cree, Dr. que poseemos ya un ambiente científico?

—Difícil me resulta responder con seguridad a esta cuestión. La producción médica es, entre nosotros, aún muy débil y muy escasa: puede decirse que ella está aún en estado embrionario. Y esto es lamentable mucho más aún si se considera que poseemos verdaderos maestros (los nombres surgen a flor de labio y podría citarlos) en las diferentes diversificaciones de nuestra ciencia. Por ello decía yo que era lamentable doblemente que la obra personal no fuera más amplia, más intensa. Poseemos, le repito, verdaderos maestros que han hecho escuela, que tienen discípulos distinguidos pero ni en unos ni en otros ha surgido aún el deseo vehemente, ardoroso, de *crear*, de trabajar por sí mismos, de hacer trabajo propio y original. No olvidemos, es cierto, que la lucha por la vida es, en nuestro país, día a día más ardua y más difícil: hay que *hacer el presupuesto*, hay que satisfacer las pequeñas ambiciones—respetables, por otra parte—de fortuna y de comodidad. Y esto es, en la práctica, un obstáculo serio, un grave impedimento para la producción científica. De todos modos, soy optimista y creo que ya se está despertando entre nosotros el afán del propio esfuerzo, de la obra que sólo se deba a nuestra acción: así lo prueban, con indiscutible testimonio, el número de los trabajos presentados ante el Congreso que acaba de efectuarse.

—¿Ha sido larga la tarea que le ha impuesto la organización de este Congreso, Dr.?

—En efecto: mi labor ha sido larga, empeñosa y difícil. Cuesta esfuerzo prolongado sacudir la apatía de nuestros profesionales, un poco demasiado contrahídos, como le decía anteriormente, a *hacer su presupuesto*, poco dados a esta índole de iniciativas, poco predispuestos a colaborar eficiente y vigorosamente en trabajos de esta clase. Aún en nuestro medio hospitalario—donde la labor científica es más fácil por la extensión y abundancia del material de estudio—no todos acogían con entusiasmo la idea de un Congreso. Había—y hubo—hay que decirlo sin ambages, muchos *remolones*, a quienes fué necesario sacudir para hallar apoyo en ellos: no hablemos de aquellos que—pese a todos los esfuerzos—no aportaron nada, absolutamente nada a nuestra obra. Pero, en general, como ley ordinaria, puedo decir

que el ambiente fué favorable: nuestros colegas aceptaron, en gran mayoría, con sumo gusto la idea de colaborar en el Congreso y hallamos a menudo profesionales que nos prestaron el más cálido y tesonero concurso.

—Es que, en general, se espera poco de los Congresos científicos ¿verdad Dr.?

—Así es, efectivamente. Sobre todo en nuestro país las gentes sonríen un poco irónicas cuando se habla de realizar un Congreso. Se tiene siempre presente la frase archiconocida de Crispi: «Cuando no se quiera hacer nada reúnanse un Congreso». Y bien, esta frase desgraciada ha encontrado eco propicio en nuestro medio, con las consecuencias perniciosas y desfavorables que de ella se desprenden, lógicamente. Esta frase dicha, con certeza, en momentos de contratiempo o de derrota, acaso pueda ser aplicada con cierta justificación a los Congresos políticos donde frente a las razones y a los argumentos se lleva, infranqueable, la intransigencia sectaria; pero en los de índole científica a donde se concurre con ánimo sereno, para escuchar y estudiar, para hacer crítica desapasionada y para realizar análisis verdaderamente científico, aquella afirmación carece de sentido y es, en absoluto, inaplicable. Sin embargo, creo que ella ha hallado eco favorable aquí—como le decía—y para desgracia nuestra.

—Y las sesiones de Cirujía, de Medicina etc., etc. que se realizan durante todo el año entre nosotros ¿nadie influyen en estos Congresos, Dr.?

—No: su influencia es, en todo caso, mínima. Las pequeñas agrupaciones ya existentes no pueden ser nunca tan aptas para el desenvolvimiento científico ni tan favorables al progreso médico como un Congreso de esta clase. Imagínese por ejemplo, lo que acontece con nuestras sesiones de Psiquiatría en el H. Vilardebó: somos un grupo reducido, nos hallamos reunidos en número escaso e insuficiente, *nos queremos demasiado unos a otros* para entrar a la discusión abierta y franca. Para que el debate se produzca, para que haya choque de ideas, cruce de razonamientos y argumentaciones es menester amplias asambleas, propicias a la discusión verdaderamente útil en la práctica. Además esas sesiones quedan abiertas solo a muy pocos profesionales, cerrada para el resto que es, con mucho, el mayor número: por eso no podrán tener la trascendencia científica, ni estimular la obra personal, ni desarrollar la ciencia médica nacional con la amplitud que puede hacerlo un Congreso como el que acaba de realizarse.

—¿Cuál es su impresión, Dr. acerca del resultado del Congreso?

—Estoy satisfecho: puedo y debo decirlo, claramente, sin reservas de ningún género. Lo que esperaba, por anticipado, se ha cumplido y talvez en una medida más amplia que mis aspiraciones propias. Se ha luchado con ahínco y con entusiasmo pero se ha triunfado, sin duda alguna. Salvo la sección de Cirujía que—es menester confesarlo—fracasó ruidosamente por motivos aún no bien explicados, todas las demás seccionales desarrollaron y cumplieron su programa tal cual lo habían trazado con anterioridad. Se ha producido—así lo

pienso franca y sinceramente—una *agudización en el progreso de nuestra ciencia médica nacional*. La lectura de los trabajos fue escuchada con todo interés y el intercambio de ideas y de opiniones fué, en todo instante, decidido e intenso, de seguro provecho para todos nuestros profesionales. Considero que todos hemos aprendido mucho y tengo la certidumbre última de que ese aprendizaje ha sido serio y útil, muy útil. Sobre todo—como le decía al iniciar este reportaje—*nuestra producción nos ha beneficiado a nosotros mismos, en primer término, en vez de perderse (tal cual sucede casi con lo que, hecho y cumplido aquí, pasa enseguida al extranjero) en ambientes extraños sin enseñanzas para la ciencia médica nacional*. Y hemos tenido también el placer de recibir la colaboración de nuestros colegas de campaña, vasta y sabia, de sería importancia y de enorme trascendencia para el país: y esto es un testimonio del desinterés y del altruismo de esos profesionales que, *en medios poco favorables y aún hostiles al trabajo original, producen y crean*.

—¿Y sus esperanzas para el futuro son muy grandes, Dr.?

—Ya lo creo. Tengo fé en estas iniciativas. Los Congresos científicos merecen toda mi simpatía y toda mi confianza, y frente al descrédito que los rodea—para mucha gente—yo afirmo su bondad, hoy más que ayer. Tengo mis más sinceras esperanzas en nuestro progreso científico, en la obra de las generaciones presentes y de aquellas que vendrán, y espero de los Congresos singulares beneficios para la medicina y *los aprecio como un fuerte estímulo para la labor personal que es el fundamento primordial de la ciencia*. Hay que afanarse en sacudir esta atonía existente en la actualidad y que ha hecho tan precaria nuestra obra científica propia: es el deber moral categórico que todos poseemos. Y los Congresos Médicos propenden, evidentemente, a ello.

Así terminó nuestro reportaje. Agradecemos efusivamente al Dr. Etchepare su gentileza para con EL ESTUDIANTE LIBRE a quien honran las palabras de este maestro y nos retiramos poseídos de iguales esperanzas e ilusiones que las que animan su espíritu joven, promisoramente joven.

Los estudiantes de Medicina que miraron con entusiasmo las actividades del 2.º Congreso Médico, y de entre los cuales salió buen número de adherentes, al leer en este reportaje la opinión valiosa y autorizada del Dr. Etchepare, sentirán en sus espíritus una honda impresión de estímulo y de esperanza. Todos ellos, que sienten en el alma, íntimamente, un ansia cálida de mejoramiento y de progreso indefinido, se sentirán contaminados por la fé, que animó a los organizadores de este Congreso, y a todos los que en él intervinieron, y participarán de ese optimismo que iluminó la labor del Dr. Etchepare, guiándola siempre hacia el intangible ideal.





Adrenona Galien



(Injectable)

AUTACOIDETERAPIA ESPECÍFICA

Medicamento biológico especialmente indicado para todos los casos donde es necesario producir la HIPERTENSION SANGUÍNEA.

Composición: PITUOSONA GALIEN (Hidrogenada) 1 c.c. en una ampolla
ADRENALINA GALIEN 0.001

Indicaciones generales: ASMA, miocarditis tóxicas, colapso cardíaco, asfixia, estados atónicos de las infecciones, enfermedad de Adisson, muerte aparente, desmayo por debilidad cardíaca, bocio exoftálmico.

Muestras y literatura gratis para los señores médicos

Laboratorios Galien = Sección medicamentos biológicos

PROFESORES
FARMACÉUTICOS:

Bocage, Bujalance y Capra

↔ Paysandú, 1783 - Montevideo ↔

Sanatorio Quirúrgico

DEL

Dr. Alfredo Navarro

CANELONES, 1371.

MONTEVIDEO.



SURTIDO COMPLETO
DE
Artículos para laboratorio

UNICOS IMPORTADORES
DE LOS
MISCROSCÓPIOS de E. LEITZ-WETZLAR (Alemania)

COLORANTES Y REACTIVOS
DE
DR. GRÜBLER, LEIPZIG

Carlos Stapff & Cía.

URUGUAY, 826

entre FLORIDA y ANDES

Cosas eternas

Hay gentes que reaccionan a todos los acontecimientos con una virulencia incontenible.

Agudizados para la percepción exclusiva, de los malos aspectos del trajin cotidiano; la realidad parece reflejarse en sus ojos, como en los espejos curvos, que sólo registran deformidades. Estas cosas a penas tendrían importancia, si quedaran sumergidas, en la ardua intimidad del análisis introspectivo; pero ellas se desplazan sobre las percepciones del prójimo, exigiendo la imposible coincidencia de las imágenes. Es justamente en esta discrepancia original, donde hunde sus raíces psicológicas, el raro veneno de las gentes honradas...

El venenismo clásico no es así, porque coexiste con la exacta apreciación de las imágenes, de cuya concordante geometría, tenemos casi todos la evidencia. Pero aquello que le presta relieves definidos y concretos y hasta sabor dramático si cabe, es su deformación intencionada, a la cual, por otra parte, los recursos de la alta cultura, ofrecen disparaderos inesperados. Dentro del sistema, sin llegar muchas veces a la alteración forzada, caben las cosas más ocurrencias. Cuando se hace al prójimo, blanco de los agasajos, a los venenistas más reputados, les agrada decorar estas horas apoteósicas como en los tiempos de César: sabido es, que el emperador, al volver sus héroes vencedores, para evitarles el orgullo, acostumbraba introducir en el propio carro triunfal, a alguno que les recordara todo lo malo posible...

Ellos controlan a la gente que trabaja con la cabeza (1) y saben que dando con ella admirables topetazos se ganan la vida los saltimbanquis. Tratan de aclarar estos procedimientos... Conciben el caso hipotético de todas las faunas pa-

rasitarias, que acuden a ciertas cabezas atraídas por sus prestigios y allí adentro, en lugar «d'emporter le malade, se mueren de hambre».(2) Prueban la existencia de gentes que aunque les pusieran la cabeza de Bergson o de Medardo Rosso seguirían siendo los mismos zoquetes.

Y en fin, concluyen por acostumbrar a uno, a hacer la exploración del prójimo con una ferocidad Baudeleriana.

Frente a todo se ofrece una sola norma de conducta: buena o mala, la obra de un hombre debe reemplazar nuestro juicio y hablar por nosotros. Nadie por ejemplo, hablará mejor de Rodin que su obra realizada, en la cual más de uno ha encontrado, la equivalencia emocional de las Sinfonías de Beethoven... Claro está que si el juicio se lleva en esta forma, correrían riesgo aquellos que nunca hicieron nada, al revés de lo que ocurre ahora. Seríamos entonces espectadores en lugar de actores y diríamos: no somos nosotros que sostenemos que tal sujeto sirve o no sirve, sino que es su obra quien lo hace o lo deshace.

Pero el asunto así encarado exige una sutileza extrema. Entre tanto los maestros críticos carecen de la eficacia disolvente y demoleadora. Les falta la genialidad que traspone el hecho vulgar en proporciones simbólicas y son actores en lugar de jueces desinteresados.

Su propia lógica los alcanza y los pierde, y en ninguno como en ellos, parece un instrumento mental, tan irónico y subversivo... El amor propio no los deja solos, y esto les impide utilizar la violencia endiablada de ciertos envenenados, a la larga los únicos peligrosos, cuyo arte sutil consiste en hacernos ignorar que se burlan de nosotros...

CADMO.

(2) Porque no había nada.



(1) Pensadores, estudiantes, vulgo profano.